

AUSSENPOLITIK

Freiburgo

Núm. 5, mayo 1967

NIELSEN, WALTER: *Probleme und Prioritäten der Sicherheit* (II) (Problemas y prioridades de la Seguridad), páginas 292-305.

El presente trabajo, es la segunda parte de uno ya publicado en la misma revista, y trata de las definiciones fundamentales de los sistemas de seguridad usados hasta el momento. Trata asimismo de las formas estructurales del orden mundial y del paso de la bipolaridad a la multipolaridad, ocupándose también de las relaciones entre seguridad y poder nuclear, y, ante todo, de las potencias atómicas secundarias y de los países no nucleares.

En la problemática política mundial nos encontramos a menudo con «slogans» como los siguientes: «Mejor rojo que muerto», o «Mejor muerto que rojo». Tales alternativas son irreconciliables y marcan los dos extremos de la tensión política mundial.

Paradójicamente se registra el hecho de que cuanto más amantes y deseos de la paz están los países más deben prevenirse y formar «stocks» de armamento, o inclinarse por las vías del armamento nuclear, sacrificando inclusive su potencialidad económica a la consecución de tal material bélico,

que les permita disponer de unas garantías mínimas de seguridad.

La seguridad se alcanza también a través de la estrategia del desarme, y del progreso económico-social, de la ayuda al subdesarrollo y de otros elementos políticos con que cuentan hoy día las potencias capaces de poner en peligro la paz mundial. Es una verdad avalada por la Historia la de que al existir varias potencias de la misma categoría y potencial bélico, es más fácil mantener el equilibrio y la paz que cuando el poder se reparte en el mundo bipolar que, por ejemplo, se originó a raíz de la Segunda Guerra Mundial, o, en caso contrario, que el actual sistema bipolar no aumente sus diferencias, sino antes bien, llegue a un razonable intento de cooperación, a través del cual se pueda disminuir incluso el impacto de las nuevas fuerzas que se originen.

Núm. 6, junio 1967

EHRHARDT, CARL A.: *Die Aussenbeziehungen der Europäischen Gemeinschaft* (Las relaciones exteriores de la Comunidad Europea), páginas 339-347.

El volumen de comercio entre la Comunidad Económica Europea y el resto del mundo, con excepción del bloque oriental, representa el 19 por 100 del volumen total mundial de transacciones. Ello lleva a preguntarse y a es-

clarecer las relaciones que mantiene la Europa de los Seis con el resto de los países del mundo.

Los intereses de los países del tercer mundo por mantener un tipo de relación con la Comunidad Económica Europea son cada vez mayores. Sesenta y nueve países, no comunistas, de todas las áreas mundiales, mantienen misiones diplomáticas en la C.E.E. Otros países, como algunos del bloque oriental, han establecido funcionarios en sus Embajadas de Bruselas, con cometidos específicos respecto a la Comunidad.

En los documentos fundamentales de la Comunidad Económica Europea se prevé la asociación de las que entonces eran colonias ultramarinas, y así se fueron firmando tratados con diecisiete Estados africanos y Madagascar, que regulaban una especie de unión a la Comunidad.

Una asociación con el fin posterior de inclusión en la Comunidad fue firmada por Grecia y Turquía, y Tratados comerciales por tres años de duración firmó la Comunidad con Irán, con Israel y con el Líbano. También puede hablarse, a la hora de analizar las relaciones exteriores de la Comunidad Económica Europea, de la colaboración de ésta con el G. A. T. T. Con los organismos especializados de las Naciones Unidas—F. A. O., U. N. I. C. E. F., Banco Mundial y otras—, existen Tratados de cooperación desde 1961. Y son suficientemente conocidos por lo reciente los intentos de diferentes países para entrar en el Mercado Común Europeo, siendo los más reiterados los de Inglaterra, los de los países neutrales de la E. F. T. A. (Austria, Suiza y Suecia), los de Portugal, Chipre y España.

CHRISTIAN, REINHARD: *Laos- geteilt und doch ein Pufferstaat* (Laos, dividido, pero un Estado de pólvora), páginas 261-368.

Laos tenía la esperanza después de la primera guerra de Indochina de volver a constituir un país unido. Los intentos han sido en vano. Ambas

partes, la del comunista Pathet Lao y los neutralistas conservadores del ministro presidente, príncipe Suvana Fuma, van cada vez más distantes.

Es de sobra conocido que Laos es un Estado dominado por las diferentes personalidades y peculiaridades de los príncipes, que deberían gobernar en coalición, según las resoluciones de la conferencia de Ginebra del año 1954.

El Gobierno de Vientiane domina el valle del Mekong con todas las ciudades importantes y con las únicas regiones fértiles que posee el país. La parte controlada por el Pathet Lao, al Norte y al Este, está unida con China y Vietnam del Norte por buenas carreteras, pero la comarca en sí es muy pobre, muy montañosa y está escasamente poblada.

En la crítica situación del Sudeste asiático un país como Laos, dividido entre neutralistas o conservadores y procomunistas, no puede por menos de ser un Estado de pólvora que enrarece aún más si cabe el pésimo ambiente del área. Las acusaciones de los Estados Unidos de América contra Laos de permitir el paso de abastecimientos y hombres por su territorio, en favor de los combatientes del Vietcong, tienen que tener un fundamento real, ya que el «camino de Ho Chi Min» pasa por la parte nordoriental de Laos, dominada por el procomunista Pathet Lao.

Esta proyección exterior del dilema que tiene planteado el país dificulta más, si cabe, las posibilidades de reunificación y las aplaza en tanto no se solucionen todas las cuestiones del entorno de una manera favorable a Estados Unidos o con un triunfo definitivo del Vietcong, y, por tanto, de China y del comunismo asiático.

YOUN-SOO KIM: *Nordkorea suf dem Weg des Nationalismus?* (¿Va Corea del Norte por el camino del nacionalismo?), páginas 369-375.

En los últimos tiempos, Corea del Norte ha aflojado los cordones que la sujetaban estrechamente a la República Popular de China, porque la pe-

ligrosa y violenta política exterior de China perturbaba la paz de Corea y ponía en peligro el desarrollo económico y la paz de este país.

Corea del Norte ha sido uno de los países claves en la controversia entre China y Rusia y en los intentos de una y de otra para ganar países asiáticos, en sus propios bandos.

Las necesidades de Corea del Norte, tanto en el plano económico como en lo que al armamento se refiere, no las puede solucionar China, pero sí la U. R. S. S. El punto más difícil de la planificación económica de Corea está en la industria, la cual, sin la ayuda técnica y económica de la Unión Soviética, no puede llevar adelante con éxito sus planes de siete años.

La política exterior de Pekín ha sido cada vez más militante. Principalmente ha creado a Corea del Norte problemas territoriales en la frontera «Jalu-Tuman», el 28 de abril de 1966, y, posteriormente, los dirigentes de Corea del Norte fueron tachados de revisionistas. Por otra parte, Corea del Norte no desconoce que en China han circulado mapas en los que se designa a Corea del Norte como región irredenta de China. Por todo ello, no es de extrañar que este país se haya inclinado hacia la causa rusa buscando apoyo no sólo para su economía, sino también para su independencia.

Después de la guerra de Corea, Corea del Norte ha procurado alimentar el nacionalismo en su política, para lo cual cuenta con dos posibilidades: Primero: el sistema de dirección colectiva. Dentro de una auténtica neutralidad en el conflicto Pekín-Moscú y con un sistema de dirección colectivo como coalición entre los grupos pro-chinos y pro-rusos, podría Corea del Norte seguir su propia vía al ejemplo de los países occidentales. Segundo: su independencia económica. En mayo de 1963, el general Kim Il-Sun dijo que la independencia económica debe estar al servicio de la independencia política de Corea del Norte. Pero mientras este país dependa del apoyo técnico y económico de Moscú y Pe-

kín no podrá desarrollar ningún nacionalismo.

Núm. 7, julio 1967

IMHOFF, CHRISTOPH VON: *Hundert Kriegsstunden verändern den Nahen Osten* (Cien horas de guerra transforman el Próximo Oriente), páginas 422-433.

La tensión militar en el Próximo Oriente tuvo en junio un nuevo episodio con la guerra de las Cien Horas, que terminó con unos resultados tan favorables para el Estado de Israel. Sin embargo, con la acción militar no se ha encontrado una solución política para los antagonismos, que desde hace tanto tiempo separaban ya a ambos contendientes.

Esta breve guerra, que oscureció por poco tiempo los acontecimientos de Vietnam, tuvo, sin embargo, dentro de otras muchas consecuencias militares y estratégicas, repercusiones harto nocivas para el prestigio de las grandes potencias, tanto de Estados Unidos como de la U. R. S. S. Los americanos manifestaron al iniciarse esta guerra que su postura era esencialmente neutral y que no estaban en modo alguno dispuestos a tomar parte en la contienda; sin embargo, de sobra conocidos son los intereses de los americanos en la región, relacionados con el petróleo, y el sentimiento afectivo y dilecto de los americanos por el Estado de Israel.

Con todo, han salido los soviéticos peor librados, pues habían empeñado su palabra con los árabes para intervenir en caso de que fuera necesario, a lo cual no respondió en modo alguno su postura, como demostraron los hechos posteriores.

Así, pues, los hechos militares en el conflicto del Cercano Oriente debilitaron la influencia de ambas potencias en el mundo árabe y demostraron una vez más que los dos grandes están de acuerdo en muchos aspectos de la política internacional del mundo.

EITNER, HANS-JÜRGEN: *Der fehlende Dialog: Unerreichbarer Planet China?* (Un tema que no se plantea: ¿Es China un planeta aislado?), páginas 434-438.

Hasta ahora China no participó nunca en la constelación general de relaciones internacionales ni operó en los sistemas estatales del mundo, mostrándose siempre como un reino aparte, que no participaba del estilo de vida de los *pueblos bárbaros*, es decir, no chinos. La política de los comunistas chinos se orienta, consciente o inconscientemente, en las directrices del mundo antiguo chino y en su nueva concepción de marxismo-leninismo-maoísmo combina motivaciones y objetivos nacionalistas e internacionalistas.

«The Economist», de Londres, se preguntaba en 1966 cuántas generaciones tendrían que pasar hasta que se lograra establecer unas relaciones normales entre China y el resto del mundo, y si sería China tan inalcanzable como hasta entonces había sido la Luna. Históricamente visto, China ha sido siempre como un planeta lejano, aislado por la geografía, el idioma, la cultura autóctona y su descomunal tamaño. Pero la necesidad de establecer un diálogo con China va ganando en importancia de año en año, haciéndose más acuciante cada vez para los Estados Unidos, para la Unión Soviética, para Europa, para la Alemania dividida, etc.

Los chinos concebían el orden mundial en una dependencia jerárquica, con China como centro del sistema en el universo político cultural; para la seguridad de su poder establecían una especie de cordón sanitario, denominando bárbaro a todo lo que no fuera China; reconocían, asimismo, no las fronteras estatales, sino las fronteras culturales; la gran muralla delimitaba la sociedad confuciana y las sociedades esteparias de los nómadas bárbaros.

Podría decirse que igualmente han chinizado el comunismo y ofrecen una versión del mismo, aislada, en consonancia con todo el proceso de la antigua historia de China.

En estas condiciones, establecer un diálogo con China puede ser sumamente difícil siempre que ellos no tiendan a aproximarse a Occidente, en cuanto a los esquemas de comportamiento político y de relaciones universalmente reconocidos como válidos.

OOSTEN, FERNAND: *Südvietnam im Jahr vor der Entscheidung* (Vietnam del Sur en el año antes de la decisión), páginas 439-445.

El punto crítico de la dirección americana de la guerra de Vietnam radica en el ámbito del primer Cuerpo del Ejército entre la ciudad Quang Ngai y el paralelo 17.º. Desde finales de marzo a abril de 1967 ha empeorado la situación en Vietnam.

En la región de operaciones de los primeros tres Cuerpos de Ejército, es decir, en Vietnam central, en la Cochinchina Oriental y en la provincia de Tay Ninh, hasta el cabo Saint Jacques, tuvieron que emplearse grandes unidades americanas. En el ámbito del cuarto Cuerpo de Ejército en el Delta del Mekong o en la Cochinchina Occidental, al Sur de Saigón, el Ejército vietnamita nacional obtuvo algunos éxitos, pero tuvieron que emplearse nuevos contingentes americanos.

La situación política no es mejor que la situación militar. Hanoi está convencido de que América, ante la presión de la opinión del pueblo americano y de la opinión mundial, llegará a abandonar Vietnam, lo cual es una hipótesis absurda. Por parte americana existe el convencimiento de que es posible una victoria militar no en Vietnam del Sur, sino en Vietnam del Norte, como resultado de los bombardeos ininterrumpidos. Esto no es una hipótesis absurda, pero encierra muchos peligros. Desde marzo de 1967 se multiplicó por muchas cifras la cuantía y el efecto de los bombardeos americanos.

Los estratos directivos de Vietnam del Sur, con excepción del general Cao Ky, cree en una posibilidad de nego-

ciación a principios del año 1968, basados en el cansancio general que ha provocado esta guerra.

Se esperan unas elecciones correctas en Saigón y en las grandes ciudades; los políticos no militares presentarán muchos candidatos, los cuales, en su mayoría, son personas no conocidas hasta ahora en la esfera política.

Núm. 8, agosto 1967

KEISER, GÜNTER: *Die Ergebnisse der Kennedy-Runde* (Los resultados de la Ronda Kennedy), páginas 455-470.

Antes de los cinco años de la promulgación de la «Trade Expansion Act» por el Presidente Kennedy (el 30 de julio de 1967), las denominadas *Rondas Kennedy* han tenido un saldo sumamente favorable. No todos los deseos se realizan en los fines comerciales y mundiales; pero para un volumen mundial de 40.000 millones de dólares han bajado las tarifas aduaneras un promedio del 35 por 100. El doctor Günter Keiser, hasta ahora director ministerial y director de la sección de comercio exterior y ayuda al desarrollo en el Ministerio de Economía Alemana, y de ahora en adelante dirigente del Consorcio de Turquía de la O. C. D. E. de París, y que ha tomado parte activa como representante alemán en los importantes grupos de trabajos para las *Rondas Kennedy*, y describe el desarrollo de éstas vinculadas a la vida del G. A. T. T. y describe lo que a su juicio es un importante paso en la colaboración de las naciones industriales occidentales, juntamente con el Mercado Común y los Estados Unidos de América.

El G. A. T. T. lo constituirían 76 países con los objetivos comunes de favorecer el comercio mundial por medio de las aduanas, los contingentes y las prácticas administrativas. El Gobierno americano, bajo la presidencia de Kennedy, autorizaba, por medio de la «Trade Expansion Act», a bajar las tarifas aduaneras norteamericanas has-

ta un 50 por 100, para determinados productos, que afectaban principalmente a los países subdesarrollados. Este proyecto del Presidente fue el núcleo de las *Rondas Kennedy* propuestas por él para mejorar la precaria situación del tercer mundo.

De todo ello se ocupa el articulista en epígrafes cuyos títulos son los siguientes:

«La técnica de la negociación en el G. A. T. T.», «Forma y fin de las negociaciones», «Papel de los países subdesarrollados», «Puesta en práctica de las negociaciones», «Valor de las *Rondas Kennedy*», etc.

TIMMLER, MARKUS: *Nigeria - Erdöl sprengt die Föderation* (Nigeria: El petróleo dispersa la Federación), páginas 496-504.

En Nigeria domina desde principios de julio último una guerra civil. La región oriental, por sí misma denominada República de Biafra, solicita la separación del gobierno central de Lagos. Esta región, que es rica por la existencia de petróleo, pretende manejar su propia riqueza libre de las trabas que le impone el compartirla con otras regiones menos afortunadas de Nigeria.

Pero sería equívoco pretender que la guerra civil de Nigeria tiene una motivación estricta y únicamente económica, ya que en este gran país de cerca de un millón de kilómetros cuadrados y con casi 60 millones de hombres, existen grandes separaciones y muy pocos vínculos comunes, y menos el sentido de nación a la manera europea. Constituye la hasta ahora llamada Federación de Nigeria un conglomerado étnico, donde conviven numerosos y diferentes grupos que profesan también diferentes religiones y que han vivido, cuando no en guerra, completamente aislados unos de otros.

El futuro de Nigeria se presenta completamente incierto y más por la falta de una cohesión política y organización administrativa que por una falta de recursos, ya que es uno de

los países mejor dotados de Africa. El primer período que sobrevino en Nigeria a raíz de la conseguida independencia puede denominarse como el período de la soberanía política; el segundo, de la rebelión contra la corrupción y el nepotismo, y el tercero, como el del dominio militar. Los intentos de solución de los problemas que ocasionaban las potencias coloniales. El día de la independencia tuvieron los nigerianos sus propios gobernantes; pero el espíritu y la técnica de los colonizadores permanecieron.

Una vez más la incapacidad de los países recién llegados a la independencia para dirigir sus propios destinos ha precipitado al país a las antiguas prácticas tribales, a las luchas ancestrales, intolerantes, con la raza, el clan o grupo sociológico, o a las luchas por el dominio de los bienes materiales, y han colocado al país ante una disyuntiva que cualquiera que sea el resultado no hará sino retrasar más la llegada de Nigeria a la verdadera independencia que es el desarrollo económico.

Núm. 9, septiembre 1967

ALBRECHT, CARL: *Special Relations zwischen Grossbritannien und U.S.A.* (Relaciones especiales entre Gran Bretaña y U.S.A.), págs. 525-531.

Se habla de las relaciones especiales que mantienen y han mantenido siempre Gran Bretaña y los Estados Unidos de América. De ellos se deriva para unos que Londres tiene entre sí la alternativa de entrar en el Mercado Común formando una zona de libre comercio atlántica; para los otros, que esas especiales relaciones con los Estados Unidos influyen o pueden perjudicar a la Comunidad Económica Europea.

A lo largo del tiempo desde la independencia de los Estados Unidos de América en el año 1776 hasta hace poco tiempo relativamente, era Inglaterra quien llevaba la voz cantante

en las relaciones con los Estados Unidos. En muchos aspectos de la vida pública y de la vida privada se parecen ambos países y puede decirse que Inglaterra ha sido el modelo de los Estados Unidos.

Los primeros movimientos americanos de emancipación tuvieron lugar en la guerra franco-inglesa de la época napoleónica. En la segunda mitad del siglo XIX se fomentó aún más la colaboración entre ambos países debido al incremento del comercio mundial. Con la primera Guerra Mundial empezó a cambiar el estado de relaciones. La política inglesa de balanza de poder perdió efecto e Inglaterra y sus aliados europeos tuvieron que pedir ayuda a sus amigos americanos. El discípulo salvaba a su antiguo profesor y adquiría con ello un grado de mayor importancia.

Según Christopher, un tiempo ministro de Marina británico, la peculiaridad de las relaciones anglo-norteamericanas estaba basada en tres aspectos: la colaboración económica, establecida en el Tratado de Quebec de 1943; en la política común en Asia, que se manifiesta en un deseo común de contención del comunismo, y en el mantenimiento del valor de sus propias monedas, ya que el dólar y la libra representaban el 75 por 100 del dinero mundial y no podía sufrir uno sin causar efectos parecidos en el otro.

G. B. A.

EUROPA ARCHIV

Bonn

A. 22, núm. 10, 1967

LOEWENTHAL, RICHARD: *Der Einfluss Chinas auf die Entwicklung des Ost-West-Konflikts in Europa.* (La influencia de China en el desarrollo del conflicto Este-Oeste en Europa), págs. 339-350.

El impacto chino sobre el desarrollo del conflicto entre Este y Oeste en la

escena europea consiste en el hecho de que China se ha separado de una manera radical del bloque soviético convirtiéndose paulatinamente en un factor independiente de la política mundial. Con ello ha cambiado la estructura político-internacional, ya que actualmente no son dos las superpotencias, sino que hay que contar también con la China comunista como la tercera potencia mundial, aunque no haya alcanzado todavía el nivel norteamericano o soviético.

Entre los fines de la política exterior de Pekín se encuentran el deseo de seguir siendo el país completamente independiente frente a todos los demás Estados, incluyendo a la Unión Soviética, la construcción económica propia, la restauración de la unidad china, lo cual supone la anexión de Formosa, la conservación de contactos comerciales con el mundo capitalista, sobre todo con el Japón, la Europa occidental y Canadá, la libertad de acción en cuestiones de armamento, así como la neutralización y liquidación de las bases estadounidenses de su proximidad. En cuanto a la estrategia chino-comunista, ésta intenta poner al régimen de Mao como vanguardia de los nuevos Estados. Frente a la U. R. S. S., Pekín se presenta como poder revolucionario; la Unión Soviética sería una potencia ya saturada que pretende conservar lo que posee.

Las relaciones europeo-occidentales con Pekín son modestas y se limitan al campo económico y, por tanto, la influencia china en los países de la Europa Occidental es prácticamente nula. Las relaciones diplomáticas entre Francia y China sirven más bien al despertamiento del interés soviético por la amistad francesa. Los soviets han reaccionado realísticamente al peligro chino prestando más atención a los problemas europeos y consiguiendo estabilizar su posición en el Viejo Continente. Sin los Estados Unidos ningún país europeo, tampoco la República Federal de Alemania, es capaz de llevar a cabo negociaciones bilaterales con el bloque soviético. Por tanto, los planes de una distensión

entre Este y Oeste han de ser elaborados en común.

A. 22, núm. 11, 1967

NOETZOLD, JÜRGEN: *Das Interesse Osteuropas an Wirtschaftsbeziehungen mit dem Westen*. (El interés de la Europa Oriental en relaciones económicas con el Occidente), páginas 383-392.

Debido a razones económicas, los países del Este europeo experimentarían en lo sucesivo importantes transformaciones políticas dentro del vigente sistema comunista. En todo caso, el bloque soviético entero se ha visto obligado a proceder a unas reformas económicas y de carácter comercial. Destaca la descentralización con vista al establecimiento de contactos con el mundo occidental. Por cierto, las reformas engendran para los gobiernos del Este europeo una serie de problemas dentro y fuera del marco socialista.

Se trata de los problemas relacionados con el crecimiento económico, con los defectos que provoca una industrialización autárctica y, sobre todo, con haber prestado relativamente poca atención al comercio exterior. Por ello se pretende pasar de la cantidad a la calidad en la producción y este hecho necesita de una reestructuración del proceso de producción. Es imposible competir en los mercados internacionales sin ofrecer productos de primera calidad. No obstante, la Unión Soviética indicará el curso del futuro desarrollo por ser un importantísimo factor económico para los países del bloque socialista.

Depende del éxito de las reformas económicas si dichos países pueden aumentar el volumen de su comercio exterior con los Estados industrialmente desarrollados del Oeste. Ello quiere decir que también las relaciones comerciales con la U. R. S. S. tendrán que ser sometidas a un análisis. Se buscan beneficios en el Occi-

dente (créditos) y también en la Unión Soviética (materias primas).

No cabe duda, la consecución de un cierto grado de madurez económica en el Este europeo podría situarlo en condiciones de un partner digno de ser tenido en cuenta sobre todo en los países europeo-occidentales, tratándose de dos bloques vecinos que bien pudieran ahorrarse gastos de transportes. Al mismo tiempo, este hecho podría constituir una base para fomentar relaciones económicas a largo plazo, ya que las condiciones para ello parecen ser óptimas.

A. 22, núm. 12, 1967

HOTTINGER, ARNOLD: *Der Kampf der Araber gegen Israel. Die Entstehung des Nahost-Konflikts aus dem Wechselspiel interarabischer Politik.* (La lucha de los árabes contra Israel. El estallido del conflicto en el Oriente Medio desde el punto de vista de la política interárabe), págs. 415-426.

En 1966 Nasser revivifica su política de solidaridad árabe iniciada en 1964 basada en la necesidad de colaborar todos los países árabes entre sí con el fin de obstaculizar la actividad israelí, consistente en aprovechar aguas del Tiber hacia Neguev. Sin embargo, el resultado era insignificativo y los árabes proseguían con sus diferencias a pesar de no existir formalmente.

Si las tensiones entre El Cairo y Damasco no encontraban cauces de arreglo, tampoco existía unidad de criterios sobre el problema de Palestina. Aparte de ello, es notoria la agitación egipcia contra la Arabia Saudita. Jordania entra en acción contra los intentos, o la propaganda, de un golpe de Estado en Siria y Egipto.

Fines sirios y egipcios: la constelación política de 1966 y a principios de 1967 indica que los árabes se encontraban en dos bandos diametralmente opuestos. El Cairo representaría el bando de los «progresivos» y de los «reaccionarios». Así hubo una cierta colaboración entre Siria y Egipto,

una vez llevado a cabo el golpe sirio en febrero de 1966. A pesar de ello, subyacen divergencias dentro de los «progresivos» egipcios y sirios. Ni uno ni otros confiaban en el bando contrario. En Siria subsistía la amenaza de un peligro cairota para su régimen, y para contrarrestarlo Damasco intenta imponer a Egipto sus propios puntos de vista en cuanto al liderazgo colectivo—frente a la auto-representación de Nasser—. Mientras que éste se preocupa por las Arabias, Siria implanta una lucha popular-libertadora en Palestina intentando ganar para su causa a los demás países árabes. En cambio, Egipto sigue con su política de imponer su hegemonía al mundo árabe entero.

La supuesta táctica defensiva de Israel frente a la agresión árabe puede que haya conducido a los árabes hacia un cálculo equivocado de probabilidades de éxito en una intervención armada. Según parece, Dayan se interesaba por una concentración de los efectivos árabes en torno a Israel (para tomar medidas más eficaces de inmovilizar su poderío).

A. 22, núm. 13, 1967

KOSAKA, MASATAKA: *Eine Friedensstrategie für Ostasien.* (Una estrategia de paz para el Este asiático), págs. 471-478.

Se trata de la política japonesa frente a la China comunista, incluyendo en las consideraciones aquí expuestas factores comparativos entre la posición del Japón y de la República Federal de Alemania.

Dado el peligro real del potencial militar chino-comunista, los japoneses se han apresurado en preparar ciertos principios para su propia política de paz en el Sureste asiático. Por cierto, y por ahora, el régimen de Pekín no constituye, todavía, un peligro inmediato de guerra, pero sí los actos de subversión y agitación. La base de la actual política exterior japonesa en aquel sector consiste en la

A. 22, núm. 14, 1967

presencia de las fuerzas navales de los Estados Unidos junto al equilibrio general de fuerzas que es favorable para el Occidente. Y el punto clave es el Tratado con Washington.

Hay pocas probabilidades para la fabricación de armas nucleares en el Japón. La opinión pública no las admite, dadas las tristes experiencias de 1945. El problema no consiste en disponer de una fuerza armada que por sí sola garantizara la seguridad nacional, sino en el consentimiento de las distintas tendencias políticas del país, ya que el criterio es que la estabilidad en el interior es el mejor presupuesto para la seguridad nacional.

Tareas de la estrategia japonesa de paz: conservación de la independencia de la Corea del Sur. Ambos países se respaldan recíprocamente frente al peligro comunista; el segundo factor de primer orden es la política exterior hacia Taiwán y el Sureste asiático. En este caso se vislumbra la posibilidad de promover a gran escala el desarrollo económico de todos los países de aquella zona con el fin de manifestar la eficacia del mundo libre. La defensa corre a cargo de los Estados Unidos y el desarrollo económico bien podría ser un asunto del Japón. Parece ser realista tal política, pero no es posible ponerla en práctica inmediatamente.

Resumiendo, es una política de la acción indirecta frente a Pekín, ya que interesa, a largo plazo, el establecimiento de relaciones de buena vecindad y colaboración con la China continental. Se trata de la coexistencia pacífica. Con el tiempo las pasiones revolucionario-comunistas de Pekín en los países del Sureste asiático tienen que cesar necesariamente.

BERNER, WOLFGANG: *Die Sowjetunion und die Entstehung des Nahost-Konflikts*. (La Unión Soviética y el estallido del conflicto del Oriente Medio), págs. 493-504.

La actividad política que desde 1956 venía desarrollando la U. R. S. S. en el Oriente Medio dentro del triángulo Rabat-Mogadishu-Damasco llevará a observadores occidentales a la sospecha de que el auténtico promotor de las constantes crisis de Oriente Medio y también de la guerra de los seis días, de junio de 1967, entre los árabes y los israelíes, era el Kremlin. El Estado de Israel figuraría, en la terminología soviética, como Cuba de los americanos en el seno del mundo árabe, aún más por la presencia de la VI flota en las aguas del Mediterráneo.

La U. R. S. S. trata de echar raíces en el mar Mediterráneo desde la terminación de la segunda Guerra Mundial, intentando constituirse en una gran potencia marítima. Como posibles bases de un asentamiento a largo plazo representarían, precisamente, los países árabes, en primer lugar Argelia, Egipto y Siria, ya que Marruecos, Túnez, Libia y Líbano se inclinarían hacia el Occidente. Sin embargo, la presencia estadounidense y británica no permite realizar con rapidez los planes preparados. El establecimiento de bases militares soviéticas en las costas del Mediterráneo tuvo que hacerse poco a poco e inadvertidamente. Porque sin sus propias bases la U. R. S. S. no será capaz de intervenir militarmente en el Oriente Medio.

Debido a la nueva política europea del Kremlin, a su posición potencial en el Mediterráneo y en el mundo árabe, es poco probable que los Soviets hubieran tenido interés alguno en provocar la guerra de los seis días. Por el contrario, la U. R. S. S. se vería mezclada en la crisis general del Oriente Medio más bien contra su voluntad y por las maniobras políticas de El Cairo y Damasco, perdiendo, por tanto, el control sobre la situa-

ción que creían estaba en sus manos. Porque si se toma, incluso, en consideración la posibilidad de una victoria sobre Israel, ello no quiere decir que los americanos y los británicos hubieran abandonado sus posiciones en el Mediterráneo.

El Kremlin no consiguió controlar y, por tanto, prevenir el estallido de la crisis y del conflicto armado. A pesar de eso, los Soviets no pueden ser exentos de las correspondientes responsabilidades.

A. 22, núm. 15, 1967

HÖTTINGER, ARNOLD: *Die Araber nach dem dritten israelisch-arabischen Krieg*. (Los árabes después de la tercera guerra israelí-árabe), páginas 533-540.

La «guerra de los seis días» creó para Israel condiciones favorables frente al mundo árabe, sobre todo frente a Egipto, Jordania y Siria, hecho que repercutiría en las relaciones interárabes en cuanto a las divergencias respecto a la «eliminación de las consecuencias de la agresión». A pesar de la victoria israelí, los países árabes no se muestran dispuestos a negociar con Israel. La postura negativa de los árabes se justificaría en el apoyo diplomático y en nuevas entregas de armas por la U. R. S. S., pero también en que los israelíes constituyen, tal como son las cosas, un número de habitantes extremadamente inferior al de los árabes, que confían en su fuerza numérica que bien podría llevarlos un día a la victoria final.

No hay unidad entre los pueblos árabes y las dos grandes tendencias, los «progresivos» y los «conservadores», no encuentran caminos hacia la superación de las diferencias existentes. Intransigentes a ultranza son precisamente los primeros, tanto en Egipto como en Siria. Al parecer sólo Jordania sería capaz de llegar a la paz con Israel. Casi la mitad de su población vivía en los territorios ocu-

pados actualmente por los israelitas y casi el 40 por 100 de sus productos agrícolas procedían de los mismos. Egipto, Siria, Argelia e Iraq son los cuatro principales países del mundo árabe que defienden un curso de política dura frente a Israel, especialmente en la cuestión de Palestina.

El papel de los Soviets se reduce a una ayuda económica y militar, pero sin grandes compromisos, ya que los demás campos de la acción política, sobre todo en Europa y frente al peligro chino, no les dejan demasiada libertad para comprometerse más directamente con los árabes. Naturalmente, siempre interesa contar con un mundo vecino que enfrentarse con él. Es decir, el Kremlin cree que vale la pena invertir en el Oriente Medio, aun más por ganar terreno político como consecuencia de la ruptura de relaciones diplomáticas entre una serie de Estados árabes con los Estados Unidos, Gran Bretaña y la República Federal de Alemania. A largo plazo, la Unión Soviética ha ganado políticamente con la victoria israelita. Por esta razón se muestran optimistas los Soviets.

BROWN, J. F.: *Die ungarische Aussenpolitik im Schatten des Bündnisses mit der Sowjetunion* (La política exterior magiar a la sombra de la alianza con la Unión Soviética), página 541-550.

Desde 1918, Hungría vivía en un aislamiento, y desde 1945 en una alianza dentro del bloque ruso-soviético. Sin embargo, el pueblo magiar podría desempeñar en la política internacional un papel mucho más positivo, ante todo en relación con los pueblos y Estados vecinos de la cuenca danubiana, librándose, por supuesto, de su tradicional irredentismo e intentando colaborar con los países del centro europeo y también con los occidentales. Al no ser así, su nacionalismo resulta ser siempre perjudicial para otros pueblos.

La alianza con la U. R. S. S. con-

virtió su campo de acción política en una parte de la política exterior soviética. No obstante, subsisten ideas y planes de una federación danubiana. Se trata de un plan relativamente antiguo y aceptado, en un principio, por los pueblos en cuestión, incluyendo al magiar. El líder comunista Kadár conecta, en 1964, por ejemplo, con esta idea diciendo ante un *fórum* de las juventudes comunistas magiares que, conforme a los principios de la coexistencia pacífica, los pueblos ligados el uno al otro por destino, deberían colaborar, sin violar los principios del socialismo-comunismo, sobre todo en el terreno económico.

La evocación de Kadár se mueve entre un sueño y la realidad. Sueño de origen histórico y realidad de una alianza con la U. R. S. S. A partir de la caída de Jruschov, la actual Hungría intentaría repetidas veces oponerse a los planes soviéticos de obediencia incondicional. En cambio, y al mismo tiempo, busca contactos con países europeo-occidentales. Pero la fidelidad de Kadár hacia Moscú es bien patente. Por tanto, la posición de Hungría en la escena internacional seguirá siendo efímera. Otro problema pendiente es el de sus relaciones con Rumania. Budapest perseguía el objetivo de «independizarse» respecto del bloque socialista, objetivo perseguido también por Bucarest. Sin embargo, los rumanos se adelantarian—en perjuicio de los magiares—, con lo cual fueron privados los jefes magiares de ciertos medios de maniobra. Tampoco se ha resuelto la cuestión de Transilvania, reivindicada por todos los gobiernos de Budapest. En resumen, Hungría no puede desempeñar el papel que pretende poner en práctica en la política internacional.

A. 22, núm. 16, 1967

ERMARTH, FRITZ: *Die Diskussion über die sowjetische Verteidigungspolitik unter Breshnjew und Kosygin* (La discusión en torno a la política soviética de defensa bajo Breshnev y Kosiguin), páginas 571-584.

La discusión sobre la política soviética bajo Breshnev y Kosiguin en relación con la defensa del imperio ruso-comunista no es tan vehemente como en la era de Jruschov, ello debido a que se han reducido considerablemente las diferencias entre los distintos grupos de liderazgo tanto militar como civil, llegándose a un cierto compromiso en lo que atañe a la conservación de un alto nivel de efectivos defensivo-estratégicos.

En todo caso, el P. C. U. S. se muestra más prudente y tactizante, sin renunciar, claro está, a los ambiciosos objetivos que debería en este sentido conseguir la producción industrial. Con ello se relaciona necesariamente la discusión sobre la doctrina de la estrategia y la palabra corresponde a los militares: en las condiciones actuales, cuando el imperialismo refuerza su potencia militar en lugar de reducirla, el éxito de la lucha por el mantenimiento de la paz, la creación de condiciones de paz para la construcción del socialismo y del comunismo, serán garantizados por la presencia de un comprobado poderío militar de la Unión Soviética... lo cual significa seguir practicando una activa y pacífica política exterior.

De ello resulta que la U. R. S. S. ha de disponer de medios suficientes para prevenir y ganar, si fuera necesario, una guerra nuclear, y no tan sólo para proporcionar al enemigo golpes y causarle graves daños. Consecuencia: gastos más elevados para los fines militares, hecho que entra en colisión con los fines económicos del imperio.

En los primeros años del gobierno Breshnev-Kosiguin, los militares han intentado hacerse más efectivamente con el control de la política soviética de defensa. Sin embargo, los políticos supieron defenderse superando sus

respectivos puntos de vista en la política dentro del P. C. U. S., pero también los militares se habrán librado de ciertos perjuicios que los preocupaban durante la era de Jruschov, por sus ataques contra las fuerzas armadas de carácter convencional. Por cierto, quedan aun muchas cuestiones pendientes entre las posturas militar y partidista.

A. 22, núm. 17, 1967

STEHLE, HANSJAKOB: *Neue Aspekte und Methoden vatikanischer Ostpolitik* (Nuevos aspectos y métodos de la política vaticana hacia el Este), páginas 621-628.

El 12 de febrero, «L'Osservatore Romano» publica los principios que Pablo VI anunció sobre la política del Vaticano hacia los países del Este europeo, un día antes de emprender Casarolis el viaje a Polonia, y que fueron dirigidos en un mensaje al Presidente yugoslavo Tito: los ciudadanos católicos, igual que la Iglesia, están dispuestos a contribuir al progreso y desarrollo del país, siendo conscientes de sus obligaciones por su religión frente a la comunidad nacional, conforme a la justicia y al honor. Por su parte, la Iglesia reivindica para sí el respeto y una libertad de acción garantizada por la ley, libertad que ordena a sus miembros única y exclusivamente al bien moral y espiritual de todos los particulares y de las naciones, dentro de las cuales ella vive.

Estos nuevos aspectos parecen ser confirmados por la entrevista de Podgorny con Pablo VI el 30 de enero de 1967, después de haber contactos entre Gromiko el 4 de octubre de 1965 y el 27 de abril de 1966, en Nueva York y Vaticano, respectivamente, ya que en un comunicado oficial se dice que «el Padre Santo planteó al señor Presidente Podgorny también problemas que se relacionan con la vida religiosa y la presencia de la Iglesia en los territorios de la U. R. S. S.»

Seis semanas más tarde llegan a Roma dos obispos (uno de Lituania, otro de Letonia) siendo consagrados como tales durante el Concilio. Al parecer, una decisión tomada recientemente por el Soviet Supremo tiende a castigar actos y actividades contra los derechos civiles por razones religiosas...

En Roma se cree que la visita de Podgorny a la Santa Sede viene trayendo sus primeros frutos, a pesar de que existen todavía muchos problemas por resolver, pero cuya repercusión no tardaría en manifestarse también en otros países en cuanto a la presencia católica.

Tales son los instrumentos de que dispone el Vaticano frente al mundo ruso-soviético en su lucha por el catolicismo y la religión bajo el comunismo.

A. 22, núm. 18, 1967

SPINELLY, ALTIERO: *Supranationale Politik mit nationalstaatlichen Methoden* (Política supranacional mediante métodos nacional-estatales), páginas 657-666.

La posición cultural, política, económica y militar no permite a Italia trazar en la escena internacional caminos distintos de los que siguen los países amigos. Las tendencias actuales de la política exterior italiana concuerdan, en un principio, con las del Risorgimento, con los principios que dieron lugar al nacimiento del Estado italiano. Buena prueba de ello son las diferentes manifestaciones de los estadistas y publicistas italianos, especialmente de entre aquellos que lo toman en serio. Naturalmente, no hay tampoco ni puede haber unidad de criterio. Lo que importa es cómo obran los responsables de la política italiana, menos su retórica.

Examinando el aspecto histórico de la evolución internacional, es preciso anotar: a) La restauración de Estados de entre las dos guerras, excepto la U. R. S. S., los tres países bálticos y la Alemania dividida. b) Paralela-

mente se procede al debilitamiento de la efectiva soberanía nacional. Los Estados buscan medios para agrupaciones regionales y hacia una solidaridad e interdependencia. Los únicos Estados que siguen conservando plena soberanía formal y que son las únicas verdaderas potencias y, por tanto, en condiciones de ofrecer su poder militar al servicio de su política exterior, son, desde la segunda Guerra mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Dentro de este doble proceso—restauración de Estados de 1918-1938 y agrupación supraestatal—nace y se hace la política exterior italiana. La República italiana opta por una estructura supraestatal incorporándose tanto al proceso de agrupación atlántica como al de integración europea. Con ello decidió su sitio en la política internacional, pero también su postura respecto a los problemas internos de Italia.

La política italiana es, por tanto, algo pasiva; los instrumentos de que se sirve son algo anticuados; falta la imaginación, porque es inconsecuente. Hoy día ya no son suficientes retóricas ni gesticulaciones, sino pensando en alternativas políticas, en ciertas perspectivas concretas en que puede ir poniéndose en práctica la acción político-internacional de Italia. S. G.

**OESTERREICHISCHE
ZEITSCHRIFT FUER
AUSSENPOLITIK**

Viena

A. 7, núm. 3, 1967

PLESSOW, UTTA: *Was ist Assoziation gemäss Artikel 238 EWG-Vertrag?* (¿Qué es asociación según el artículo 238 del Tratado de la Comunidad Económica Europea?), páginas 183-197.

En diciembre de 1961, Austria solicita en Bruselas, junto a Suiza y Sue-

cia, una asociación con la Comunidad Económica Europea. Hasta 1964, la expresión «asociación» se emplea como término concreto; sin embargo, desde entonces se viene hablando de un «convenio *sui generis*», algo así como un acuerdo político-comercial, de parte de los representantes austríacos.

Examinando paso a paso los diferentes aspectos del término asociación, resultaría que se dan dos posibilidades conforme a la naturaleza y a los fines perseguidos: a) Una asociación estática, una ligazón permanente a la Comunidad, pero independiente respecto a una posible calidad de miembro posterior. b) Una asociación dinámica, de carácter transitorio, según las circunstancias de superación de ciertos grados de acomodación de las diferencias económicas entre la C. E. E. y el Estado que desea asociarse.

La asociación, según el artículo 238 del Tratado de la Comunidad, será una relación permanente de un Estado con la misma, respaldada por un acto convencional, pero sin comprometerse automáticamente para con las decisiones y medidas tomadas por los órganos de la Comunidad. Se trata de una colaboración convencional con países no miembros a nivel jurídico-internacional, aunque la asociación así entendida no adquiere una propia personalidad jurídica en virtud de los principios del actual Derecho Internacional frente a terceros Estados. Decisiones del Consejo de Asociación obligan tan sólo a las partes contratantes, en este caso a la C. E. E. y el Estado asociado.

Aplicando este problema al caso austríaco, resulta que el propuesto «convenio *sui generis*» cae dentro del campo jurídico de la asociación del artículo indicado tratándose—a diferencia de Grecia y Turquía—de una asociación estática.

S. G.

FOREIGN AFFAIRS

Nueva York

Vol. 45, núm. 4, julio, 1967

IRVING, KRISTOL: *American Intellectuals and Foreign Policy* (Los intelectuales norteamericanos y la política exterior), páginas 594-609.

Puede definirse al intelectual como el hombre que habla con un sentido de autoridad general de un tema sobre el que carece de particular competencia. La autoridad es lo suficientemente real, de la misma manera que la falta de una competencia específica es crítica. Un economista que escribe de economía no actúa como intelectual, ni tampoco el crítico literario que explica un texto.

No es posible, sencillamente, comprender lo que está pasando en los Estados Unidos a menos que se tengan muy en cuenta la condición sociológica y las ambiciones políticas de la clase intelectual. Lo que estamos contemplando no es una simple diferencia de opinión sobre la política exterior o sobre el Vietnam. Tales diferencias de opinión existen, sin duda. Algunos de los críticos más competentes creen que la política exterior de los Estados Unidos ha caído en un anacronismo peligroso a causa de la inercia burocrática y la pereza mental. Estiman que los Estados Unidos han aceptado, sin pensar siquiera en ello, responsabilidades que van más allá de sus recursos y que, en cualquier caso, esas responsabilidades no tienen más que una conexión ilusoria con el interés nacional permanente.

Ninguna nación moderna ha construido jamás su política exterior para hacerla aceptable a sus intelectuales. Ciertamente en momentos de peligro nacional o de exaltación nacional, los intelectuales sienten las mismas emociones patrióticas que todos los demás y se suman con entusiasmo a la causa común. Pero estos momentos pasan y el proceso de separación empieza y no suele necesitarse mucho tiempo para

que la separación se convierta en enajenación.

Nos encontramos con que toda la tradición del pensamiento político occidental tiene poco que decir sobre política exterior. Desde Tucídides hasta nuestro mismo tiempo, la filosofía política ha visto los asuntos exteriores de tal manera afectados por lo contingente, la fortuna y la suerte, que es poco el sitio que ha quedado para una especulación inteligente.

En los Estados Unidos el Departamento de Estado ha insistido siempre que la nación está formada por una sociedad realmente revolucionaria, fundada en principios revolucionarios y que ofrece una promesa en verdad revolucionaria, en contraste con las espúreas promesas comunistas. La tradición intelectual norteamericana tiene dos compromisos profundos: al «ideal» y al «pueblo». Es la unión de estos dos temas lo que ha dado a la mente norteamericana su rasgo característico, lo que podría designarse como el *populismo trascendentalista*.

L. LA DANY: *Maós China: The Decline of a Dynasty* (La China de Mao: la decadencia de una dinastía), páginas 610-623.

Durante mucho tiempo se pensó que la forma en que era gobernada la República Popular China abría un nuevo capítulo en la historia de este país. Algunos especialistas sostenían que el sistema comunista chino era la continuación del confucianismo, aunque un examen más minucioso ha revelado muy poco que se le pareciese. El país estaba sometido a espasmódicas y repetidas campañas políticas; la economía nacional ha pasado constantemente a través de grandes cambios: reforma agraria, socialización, comunización, retroceso de la comunización y gran salto adelante. Los valores chinos tradicionales han sido repudiados o ignorados. De todo el mundo se esperaba que expusiese en reuniones públicas las malas palabras y los malos hechos de amigos y colegas, de pa-

dres y hermanos. La tradicional familia china quedó dislocada, si bien, como dice el proverbio chino, es inútil atacar a una ciudad si no le gana su corazón. El corazón no ha sido ganado, pero durante un largo período de tiempo pareció que el régimen estaba sólidamente establecido y gozando de general apoyo, si no por amor, al menos por temor.

La República Popular no era un Estado policía en el sentido ordinario de la palabra. Era la perfección superlativa del Estado policía en el que cada uno era el espía de todos los demás. Cuando hace dos años, en una reunión de estudiantes en la Universidad de Chungshan, en Cantón, un estudiante fue acusado por otro de haber dicho en privado que Mao Tse-tung era un ser humano corriente, se vio convertido, como era usual en tales casos, en blanco del vituperio y prolongadas «reuniones acusatorias». Al final, fue expulsado como indigno de ser un estudiante universitario.

Si viviese usted en una ciudad, Cantón por ejemplo, y se suscribiese a un periódico de Shanghai, entonces el dirigente de su organización juvenil, o el presidente de su sección sindical, o el secretario del partido en su fábrica, o el jefe de la organización de su calle, o un funcionario de la comisión local, podría venir para preguntarle muy cortésmente por qué habría de querer saber lo que estaba pasando por esa parte del país. A partir de ese momento debería saber que las cosas se ponían muy mal para usted.

En realidad, todo el mundo, en cualquier ocupación que tuviese, habría de encontrarse sometido, especialmente en el caso de ser un alto cargo, no a una sino a muchas organizaciones.

La importancia de Lin Piao dentro de las fuerzas armadas empezó a crecer en 1960 y el Ejército empezó a jugar un papel especial en el país. El pequeño libro rojo de los *Dichos de Mao*, fue publicado en 1961 para el Ejército. La selección fue hecha no por Mao, sino por la sección política del Ejército. Al mismo tiempo, consignas de Lin, como «el estudio vivo y el uso vivo de los escritos del Presi-

dente Mao», fueron inculcadas y se convirtieron en la marca característica de la influencia de Lin. Dentro del Ejército se desarrolló un cuerpo especial de doctrina comunista, fanática, agresiva y restringida. Uno de sus objetivos fue el desarrollo de la imagen de Mao no como un dirigente respetado, sino como un ser sobrehumano. Se produjo el entrenamiento sistemático de fuerzas de choque dentro de una rama del partido: la militar.

LEO MODEL: *The Politics of Private Foreign Investment* (La política de las inversiones privadas en el extranjero), páginas 639-651.

El papel único de los Estados Unidos en la economía mundial surge no del hecho de ser la mayor, con mucho, de las potencias comerciales, sino de la importancia de los pagos gubernamentales en el exterior y de la magnitud de las inversiones privadas en el extranjero. En 1966, el Gobierno proporcionó 4.600 millones de dólares en ayuda económica y créditos al exterior, y los gastos militares en el exterior fueron de 3.600 millones de dólares (aparte de la ayuda militar), mientras que la exportación de capital privado llegó a casi 4.000 millones de dólares. Está bastante claro que las transacciones internacionales del Gobierno de los Estados Unidos son de un carácter esencialmente político, si bien producen efectos económicos importantes en este país (los Estados Unidos) y el resto del mundo. Lo que no está tan claro es que hay aspectos políticos en nuestras inversiones privadas en el exterior: no por estar motivadas por consideraciones de política exterior, sino por estar los países extranjeros preocupados por sus efectos en su propia política económica y exterior. Esto es inevitable, dada la magnitud de estas inversiones y el papel que juegan en las economías de los países en que son hechas.

Las inversiones privadas de los Estados Unidos en el exterior alcanzan ahora un valor de contabilidad de más

de 86.000 millones de dólares. El año pasado rindieron ingresos netos de unos 7.000 millones de dólares, de los cuales unos 5.600 millones fueron remitidos a los Estados Unidos y unos 1.400 millones retenidos por empresas subsidiarias como ganancias no distribuidas. Además, por encima de los 1.000 millones de dólares fueron remitidos en concepto de remuneraciones, honorarios y concesiones. El valor real de mercado de las inversiones privadas de los Estados Unidos en el exterior, según una capitalización conservadora de la renta, tiene que pasar con mucho de los 100.000 millones de dólares.

El papel de las inversiones directas de los Estados Unidos en la economía mundial es abrumador. Según el Consejo de la Cámara de Comercio Internacional de los Estados Unidos el valor de la producción bruta de las compañías norteamericanas en el extranjero pasa mucho de los 100.000 millones de dólares al año. Es decir, sobre la base del valor bruto de su producción, las empresas de los Estados Unidos en el extranjero alcanzan en conjunto la significación de la tercer economía mundial por el orden de la importancia (de poder emplearse esa expresión para describir estas compañías), con una producción bruta mayor que la de cualquier otro país, salvo los Estados Unidos y la Unión Soviética. Por supuesto, estas compañías emplean en gran escala materias primas y componentes de producción local, por lo que su aportación al producto neto (valor añadido) es mucho menor que el de las ventas brutas.

THOMAS L. HUGHES: *Relativity in Foreign Policy*. (Relatividad en la política exterior), págs. 670-682.

La relatividad en la política exterior es no sólo una proyección del tamaño, la complejidad y la fusión de rigideces burocráticas con la posición personal. Está realzada, además, por la doctrina de la conservación de puertas abiertas para todas las opciones.

La doctrina se ha ido expandiendo crecientemente de lo táctico a lo estratégico y de un medio político personal a un instrumento fundamental y deliberado de la *Realpolitik*. Tomada en serio, la doctrina proclama las virtudes de la política de lo imposible de predecir hasta convertirles en una gran propiedad nacional.

Cuando Rexford Tugwell dijo que Franklin D. Roosevelt «no permitía que nadie descubriese el principio que gobernaba» sus decisiones, no quería decir necesariamente que no había principio alguno que las gobernase, o que el presidente fuese indiferente ante los principios, o que Roosevelt no sabía lo que era un principio, o que todo fuese tema de ensayo, o que fuese ésto un modelo para ser emulado a los niveles por debajo de la Casa Blanca. Tenía en la mente la necesidad práctica de mantener abiertas sus opciones, o de parecer que lo hacía, de tal manera que no le fuese imposible el cambio de rumbo. Sentía la necesidad de no crear desilusiones prematuras y mantener la ambigüedad en asuntos de menor importancia como la mejor manera de conservar o crear un consenso sobre otras mayores.

Tanto dentro como fuera de la nación es a menudo una necesidad política el sostenimiento de la fe de ciertos auditorios en cuanto a la posibilidad, por remota que sea, de que una cuestión se decida en su favor. En teoría no tiene necesariamente por qué haber diferencia en la eficacia de una política por el hecho de que las opciones que se conservan abiertas sean reales o no, falsas o no.

Estas nociones han proliferado hasta el punto de que la ahora convencional y prevaleciente sabiduría estima que una política ha perdido el equilibrio cuando permite quedar comprometido con un particular esquema de valor consistente. Algunos políticos llevan la doctrina de las opciones abiertas hasta el punto de la evitación perpetua y de la selección simultánea de los valores en competencia. Hasta la proyección de un mosaico de valores inconsistentes ha sido, por

algunos, considerado como un bien político en sí mismo.

Aquí, el político y el diplomático pueden sucumbir ante tentaciones paralelas. Ambos pueden concebir situaciones en las que separados auditorios nacionales y extranjeros se mantienen contentos, incluso entusiastas, al seguir adelante en pos de valores separados de tal manera que los partidarios de cada uno se manifiesten satisfechos y preocupados con la elección aparente de sus propios valores preferidos. Así, el político y el diplomático pueden reaccionar a impulsos similares, no sólo cuando llega la hora de mantener abiertas las opciones, sino cuando al elegir entre ellas, eligen de tal manera que conservan impresiones favorables separadas entre auditorios diferenciados. Es de esperar entonces que las elecciones simultáneas de valores inconsistentes puede ser explicada de manera aceptable como una desviación táctica insignificante de una cuestión de principio.

C. P. FITZGERALD: *Tension on the Sino-Soviet Border*. (Tensión en la frontera chino-soviética), págs. 683-693.

En el pasado, cuando entre países vecinos surgía una agria disputa, la causa fundamental solían ser las reclamaciones territoriales. Pero en sus etapas iniciales la disputa chino-soviética parece haber tenido, por otra parte, la ideología como la única causa. Rusia ha sido denunciada como revisionista por creer en la falsa teoría de la «ruta parlamentaria» hacia el socialismo y por fallarle el corazón cuando se trataba de apoyar las guerras revolucionarias. Recientemente, sin embargo, rusos y chinos han insinuado la existencia de incidentes a lo largo de su frontera común, que va desde la Mongolia hacia el Este, hasta el mar, a lo largo de 2.400 kilómetros, y de Mongolia hacia el Oeste, hasta la región de Wakh, en la frontera afgana, a lo largo de 1.900 kilómetros. De haber guardado silencio

no es probable que el resto del mundo hubiese tenido información alguna de lo que sucedía en esas vastas regiones tan alejadas de la observación occidental.

Desde el punto de vista histórico, los chinos tienen varios motivos de queja, al menos en términos de reclamaciones previas o de ocupación. Han pasado dos mil años desde que los chinos, bajo la dinastía Han, conquistaron por vez primera el Sinkiang para colonizarlo y extender su poder hacia el Oeste, a través de lo que es hoy el Asia Central soviética, hasta las orillas del Caspio.

Las antiguas conquistas y retiradas carecen ahora de importancia política. Más significativo es el hecho de que durante la mitad del siglo XIX todo el Sinkiang se reveló contra los manchús y durante más de una década mantuvo la independencia bajo un gobernante local llamado Yakub Bey. Cuando el general chino Tso Tsung-tang reconquistó el país en 1877 recibió en la práctica una considerable ayuda rusa en el abastecimiento a sus tropas a través de la Siberia, si bien no hubo utilización alguna de fuerzas rusas. Mientras tanto, con el dominio manchú en suspenso el zar había enviado tropas para ocupar el valle del río Ili, con el pretexto de impedir que el desorden en la provincia rebelde se extendiese hacia su propio territorio en el Asia central, de ocupación reciente. Exhibió el argumento clásico de las potencias imperiales al avanzar contra un vecino débil. «La necesidad de restablecer el orden..., la amenaza al territorio colonizado y bajo nuestra protección..., una medida temporal hasta que la estabilidad sea restablecida.» (Por aquellos mismos días los ingleses estaban diciendo las mismas cosas sobre Egipto, que ocuparon hasta 1955.) Cuando después de la reconquista china la corte manchú tomó a los rusos por la palabra y reclamó el valle del Ili, Rusia no estaba dispuesta para irse.

De aquí salió una transacción que los chinos esgrimen ahora, con bastante precisión, como la acción imperialista de apoderarse de tierra ajena.

Por la frontera oriental la historia es parecida, aunque no idéntica. Las antiguas dinastías chinas nunca reclamaron ni ocuparon la Manchuria del norte o el área más allá del río Amur o la provincia marítima. Se trataba de tierras bárbaras muy poco habitadas por tribus cazadoras y pesqueras de muy escasa cultura. Hasta la llegada del reino manchú, antes de su conquista de la China Ming, entre 1664 y 1662, no existió sistema estatal organizado alguno en estas regiones remotas.

J. M.

REVUE DE DEFENSE NATIONALE

París

Vol. XXIII, núm. 9, agosto-septiembre 1967

RONDOT, PIERRE: *L'arabisme au lendemain du choc*. (El arabismo al día siguiente del choque), páginas 1.366-1.375.

El término «hora siguiente» a la guerra arabo-israelí de junio de 1967 se refiere en su sentido más amplio a un enorme proceso de revisión por el cual aquella guerra ha arrastrado a plantearse la cuestión de toda la política internacional común del arabismo y sus Estados nacionales. Se ha dicho siempre que «toute défaite est une remise en question», puesto que debe imponer al vencido, frente a un vencedor deslumbrado por el botín, una exigencia de lucidez que puede ser el elemento inicial de una reconstrucción y el principio de un desquite. El arabismo y el islamismo ven confirmado este principio por un pasaje del Corán, pero muchos observadores pueden preguntarse si el realismo y el rigor entrarán en las perspectivas del arabismo al revisar las ilusiones que han favorecido su derrota y repasar también sus valores fundamentales.

Un hecho positivo en favor de las

posibilidades árabes de revisión y recuperación fue el de que la campaña de junio se desarrolló tan de prisa que muchos Estados árabes situados lejos del teatro de las operaciones no pudieron participar, aunque el sentimiento nacional se manifestase con vigor en favor de la guerra; y tal fue el caso de la Argelia de Bumedián. Por otra parte, las formaciones de comandos (de «Al Fath», «Al Assifa», las unidades del Ejército de Liberación de Palestina, etc.) escapan mejor que los ejércitos regulares a las consecuencias del desastre y pueden continuar o acentuar sus acciones de guerrillas. Sin embargo, toda vuelta a la guerra por parte de los Estados árabes no podría ser más que parcial, porque la unidad de acción del arabismo se encontraría comprometida (sobre todo mientras no exista una unidad de criterio entre los Estados árabes socialistas y los tradicionalistas, respecto a cuestiones como los del destino definitivo del Yemen). Por ahora el mayor campo de acción es rehacer la unidad de principios de todo el arabismo, al considerar que el Estado de Israel es ilegal y, por tanto, «doit étre tenu pour inexistant».

La negativa absoluta de Israel corresponde a las disposiciones psicológicas de las masas árabes, pero paraliza a los gobiernos a los cuales priva de la más pequeña posibilidad de maniobra. Sobre esto se ha dicho en algunos sectores occidentales que sin comprometer los principios se puede hacer una composición con los hechos; como si al ver los árabes que no pueden controlar la navegación en el golfo de Aqaba cerrasen los ojos ante la perspectiva de un Canal de Suez por el que pasasen las mercancías israelíes, a cambio de unas evacuaciones israelíes paulatinas de zonas ocupadas. Son arreglos que ciertos occidentales pueden juzgar útiles y prácticos; pero falta saber en qué medida los Estados árabes pueden encontrarlos aceptables.

La atenuación de la propaganda interna en los países árabes permite a sus gobernantes la adopción de puntos de vista más realistas. Si los go-

bernantes árabes quieren realizar una política más moderada, eso sólo depende de ellos. Uno de sus puntos esenciales es no verse privados de relaciones económicas y financieras con el mundo anglosajón. Pues parece evidente que el arabismo (que se ha quejado tan vehementemente del mundo anglosajón) no ha podido, durante la crisis, tener enteramente motivos de elogio para el mundo socialista, ni en el porvenir puede tener en él una completa confianza. La política soviética en el Medio Oriente ha buscado constantemente mantener un cierto grado de agitación e incluso de desorden, y no favorece realmente la empresa árabe contra Israel. Así la U. R. S. S. no ha ayudado a los árabes a ganar una guerra que no deseaba. Parece que el arabismo deberá dejar de lado la división entre «clientela occidental» y «clientela soviética», y consagrarse en primer lugar a las tareas internas de su desenvolvimiento económico y social.

ROCHEGONDE, GUY DE: *Les juifs en U. R. S. S.* (Los judíos en la U. R. S. S.), págs. 1.385-1.392.

En cada uno de los desplazamientos de los dirigentes soviéticos a los países occidentales, los periodistas, los parlamentarios y otras personalidades diversas les hacen preguntas respecto a la suerte de la minoría judía en la U. R. S. S. Dichos dirigentes responden invariablemente que no existe «problema judío» en la Unión Soviética, puesto que los israelitas son reconocidos allí como minoría nacional y a este título gozan de derechos en todos los planes político, religioso, cultural, etc. Pero en realidad las autoridades soviéticas no cesan de actuar (con menor éxito) para una rusificación total de la comunidad judía. Contrariamente a lo que pasa con las otras nacionalidades reconocidas en la U. R. S. S., los israelitas no tienen más que una representación política muy reducida y sus libertades religiosas y culturales son el objeto

de limitaciones constantes. Aunque ha de advertirse que no hay ninguna relación de causa a efecto entre la situación de la minoría judía en la U. R. S. S. y la actitud soviética durante la reciente crisis del Oriente Medio.

El censo de 1959 (el último que ha sido efectuado en la Unión Soviética) indicaba que había 2.268.000 personas de nacionalidad judía residiendo en la U. R. S. S. Esta cifra resulta un poco inferior a la realidad y hoy parece ser que hay unos 3.000.000 de judíos en la Unión Soviética, o sea, el 1,2 por 100 de la población. Estos judíos viven sobre todo en las ciudades, como Moscú, Leningrado, Odesa, Jarkov, etc. La mayoría son empleados, funcionarios, modestos artesanos y miembros de profesiones liberales. Sólo son obreros el 20 por 100 y el 7 por 100 trabajan en la agricultura. Aunque al comienzo de la revolución bolchevique hubo numerosos israelitas en la relación inmediata con Lenin, hoy casi no se encuentran judíos en el aparato del partido, ni en el ejército, ni en la diplomacia. En cambio, los judíos ocupan puestos importantes en los organismos económicos y científicos. Por ejemplo, el 14,5 por 100 de los médicos de la U. R. S. S. son de nacionalidad judía.

Los ciudadanos soviéticos de origen israelita llevan la mención «judío» escrita en sus pasaportes (aunque esto ocurre también con los de orígenes islámicos, que llevan inscrito «turkmeno», «uzbego», etc.). Sin embargo, los judíos tienen una representación política mínima. Por ejemplo, en el Soviet de Moscú sólo hay cuatro judíos entre los 1.067 delegados que elige la población moscovita, aunque los israelitas representan cerca del 10 por 100 de dicha población. El acceso a los puestos elevados estatales está prácticamente prohibido a los judíos; pues en 1964 sólo había un judío entre los 175 miembros del Comité Central y sólo dos altos jefes militares judíos entre un total de tres mil.

En cuanto a la religión judaica, ha sufrido persecución como otras religiones, y de 3.000 sinagogas abiertas

en 1917 se ha bajado a sólo 95 en 1963. El idioma yiddich, considerado en la U. R. S. S. como lengua nacional judía local, no se enseña en ningún centro oficial. También es curioso el hecho de que los judíos de la U. R. S. S. «n'ont a leur disposition aucun émetteur de radio».

Esta situación en que se encuentra la minoría judía en la U. R. S. S. ha sido el origen de incidentes serios en el curso de las relaciones soviéticas con el Estado de Israel, cuyos gobernantes no cesan de protestar, sobre todo después de 1963. En cuanto a los gobernantes soviéticos, ellos consideran que la influencia de Israel es el catalizador del deseo de emancipación de su minoría judía no asimilada. Esto explica la actitud soviética de dureza antijudía; antes de que el conflicto arabo-israelí de junio de 1967 provocase indirectamente la ruptura de relaciones entre Moscú y Tel Aviv.

Vol. XXIII, núm. 10, octubre 1967

FONDE, GENERAL: *L'importance stratégique de la zone Caraïbe*. (La importancia estratégica de la zona del Caribe), págs. 1.548-1.558.

La importancia estratégica de una zona evoluciona en el tiempo; a medida que sus componentes, recursos diversos, bases, etc., evolucionan ellos mismos en su naturaleza, su utilización, sus alrededores y la aparición de nuevas técnicas o nuevos factores, tales como el aumento del radio de acción de los navíos o los aviones, y el hecho nuclear o espacial. Esta importancia varía también según las potencias interesadas en función del carácter geopolítico de la zona, y el papel que se le atribuye en las estrategias respectivas de esas potencias. La cadena insular de las Antillas marca la unidad y los límites de la zona del Caribe, cuyo control ha llegado a ser una necesidad de extrema importancia para los Estados Unidos de América.

La terminación y la puesta en servi-

cio del Canal de Panamá, que fue abierto al tráfico en 1914, constituyó un hecho capital en la evolución de la importancia estratégica de la zona del Caribe, puesto que el canal permite a la potencia norteamericana el equilibrio de sus flotas militares entre el Atlántico y el Pacífico. Más de la mitad del tráfico se hace bajo pabellón de los Estados Unidos, que además reciben minerales procedentes de Chile, Perú y Ecuador. Al mismo tiempo, se ponen en explotación dentro de la misma zona del Caribe, bajo dirección, control y capital norteamericanos, varios productos de importancia mundial, como petróleo, bauxita y hierro, y el inventario de tales riquezas todavía no ha terminado.

El estallido y la evolución en Europa de la segunda guerra mundial acarrearón, bajo impulso de los Estados Unidos, la preparación global de la protección y defensa de la zona del Caribe. Puntos esenciales fueron el acta de La Habana, firmada el 30 de julio de 1940 por los primeros ministros de las repúblicas americanas; el acuerdo llamado «Destroyer Deal» entre los Estados Unidos y Gran Bretaña en septiembre de 1940; el «flight agreement» de fin de 1941; la entrada en la guerra de Méjico y el Brasil al lado de los aliados, en mayo de 1942, y el tratado interamericano de defensa mutua firmado en Río de Janeiro por veintiún Estados el 2 de septiembre de 1947.

Hoy el mantenimiento del orden público y de las estructuras políticas existentes en la zona del Caribe está condicionado por numerosos factores; algunos tan explosivos como el crecimiento de la presión demográfica, si al mismo tiempo no se aseguran la elevación del nivel de vida, la alfabetización y la transformación de las estructuras económico-sociales.

Una organización protectora fue iniciada cuando en Caracas, en 1953, los Estados americanos miembros de la O. E. A. se comprometieron a luchar contra las injerencias y las infiltraciones del bloque oriental. A comienzos de 1962, en la Conferencia de Punta del Este, fue lanzada la

«Alianza para el progreso» como operación de asistencia política, económica y financiera a los Estados latino-americanos. En abril de 1967, también en Punta del Este, fue lanzada la idea de un Mercado Común Interamericano. En cuanto a la asistencia militar prevista, comprende realizaciones como la Organización de Defensa Centroamericana (O. D. E. C. A.), fundada sobre los principios de seguridad colectiva de la Carta de la O. E. A., la cual parece estar en buen camino.

R. G. B.

COMMONWEALTH JOURNAL

Londres

Vol. X, núm. 5, octubre 1967

GEORGE BENNETT: *Kenya and Tanzania - Countries of Contrast*. (Kenia y Tanzania, países de contraste), págs. 245-249.

Kenia y Tanzania son dos países con fascinadores contrastes. Tanzania: uno de los países más pobres de África desde el punto de vista de los recursos naturales, pobre en comunicaciones y con una serie de desastres naturales y humanos a lo largo de los últimos cien años. Kenia: semi-desértica en sus dos tercios, es verdad, pero con un concentrado tercio por el sudoeste de alta productividad, con alguna de la tierra más rica de África codiciada por blancos y negros por igual, con buenas comunicaciones y todo el mundo al tanto de lo que todos los demás están haciendo, algo muy distinto a lo que se da por Tanzania, por lo menos en la parte continental.

Tanzania cuenta con un grado de desarrollo económico muy inferior al de Kenia, que ha recibido el estímulo de los colonizadores de la era colonial y a causa de Nairobi ha sido el centro comercial del África oriental en ese mismo período.

Ambos países desean introducir el

socialismo africano, frase que está de moda por todo el continente negro.

Además del contraste en política económica se da el contraste en los sistemas de partido. Tanzania es un Estado de un solo partido, si bien de una clase muy notable: un Estado democrático unipartito. Kenia tiene dos partidos.

Un desarrollo nuevo en Tanzania es la decadencia del partido T.A.N.U. (Tanganyka African National Union) y el consiguiente crecimiento de la burocracia. Los secretarios permanentes se reúnen una vez a la semana con el Presidente, Julius Nyerere, lo que apunta a una pérdida de posiciones de los ministros. En Nairobi, los secretarios permanentes también se reúnen semanalmente como grupo, pero en compañía de una relevante personalidad política. Desde luego, en ambos países este desarrollo apunta hacia la decadencia del sistema de gobierno asentado en el Consejo de Ministros. En Kenia, el Gobierno se reúne sólo una vez al mes y el trabajo día a día es de la competencia, de poderosos comités de ministros. Es evidente que el anciano Presidente Kenyatta llena una función directa de reducida importancia, puesto que pasa mucho tiempo en la costa, lejos de la altitud de Nairobi.

J. M.

THE WOLD TODAY

Londres

Vol. 23, núm. 10, octubre, 1967

DENNIS J. DUNCANSON: *Pacification and Democracy in South Vietnam* (Pacificación y democracia en el Vietnam del Sur), páginas 410-418.

Es corriente decir que la salida de la lucha en el Vietnam del Sur no se decidirá en el campo de batalla: que la pacificación del país no podrá ser

lograda por medidas militares únicamente y que se necesitan medidas políticas al mismo tiempo. (Dice un adagio confuciano: «Para defender a tu Estado has de proteger a sus súbditos.») Pero la duda y el desacuerdo atacan cualquier intento de definición de las medidas políticas necesarias.

En realidad, el primer hecho esencial tras la lucha de ahora es la larga historia de semejantes trastornos registrados con anterioridad y la persistencia de tradicionales conceptos sobre la pacificación. Durante quinientos años el pueblo vietnamita se ha visto impelido por un *Drang nach Süden* que le ha llevado desde el delta del río Rojo hasta la región pantanosa de Camau, para echar o asimilar a los habitantes anteriores.

Las justificaciones ideológicas tanto de la rebelión como de la restauración de la ley y el orden han abundado en el pasado. Lo nuevo hoy es, por un lado, la ligazón del conflicto a intereses estratégicos internacionales por ambas partes, de tal modo que el Vietnam se ha convertido en un trozo de la trinchera de la guerra fría, y, por otro, la complicación que el moderno equipo ha proporcionado a la propaganda basada en justificaciones ideológicas y especialmente, por supuesto, al armamento para buscar la decisión por la lucha.

La tradición pesa no menos en las mentes vietnamitas del lado de la pacificación para crear situaciones de extraña familiaridad entre los emperadores Nguyen, el destructor de su trono, Ngo Dinh Diem, los generales vietnamitas, destructores a su vez del Estado Revolucionario Personalista, los administradores de la Francia colonial y, aun cuando para decirlo se siente la necesidad de contener la respiración, los consejeros de la no colonialista América del Norte. El punto de partida para todo esto ha sido el deseo común de la defensa del Estado a tiempo que se quería evitar la interferencia del Gobierno central en la marcha de los asuntos aldeanos. La verdadera razón de este deseo ha sido la falta de instituciones a través de las cuales actuar en forma distinta a

como siempre se había hecho; pero cada régimen ha hecho de la necesidad una virtud. Los emperadores y Diem sostuvieron que la vida de la aldea debería ser regulada por una fuerza moral nada más; los franceses apelaron al principio colonial del gobierno indirecto; los consejeros norteamericanos enseñaron la autodeterminación para las unidades administrativas inferiores como el cimiento de la forma de vida democrática, y sus contrapartidas vietnamitas no tuvieron reparos que oponer. Dos consecuencias importantes salieron de esta política: una, las cuestiones vitales para la vida y bienestar de las familias individuales—tales como la administración de tierras comunes, el arbitraje de la deuda agrícola y la asignación de responsabilidades en materia de contribuciones o prestación de servicios (militar o de trabajo)—no se escaparon de las manos de los personalmente interesados notables de la aldea; dos, las personas agraviadas no han contado con representación ante la más alta autoridad a la que recurrir en busca de protección frente a la intimidación y quizá la amenaza física.

A. KRAMISH: *Technology: Europes Enigmatic Gap* (Tecnología: el abismo enigmático europeo), páginas 423-433.

Muchas de las limitaciones de cooperación en la investigación y desarrollo se definen para Europa como los límites de una política defensiva común. A pesar de la tendencia hacia un mundo multipolar, sólo hay dos naciones que se encuentran en la primera fila de la tecnología *estratégica*. El desarrollo de tales tecnologías está determinado esencialmente por las imágenes mutuamente amenazadoras que los Estados Unidos y la Unión Soviética han tenido una potencia de la otra. Como resultado de ello, el que Europa decidiese sobre un sistema de proyectiles balísticos defensivos probablemente habría de nacer anticuado ya,

pues es poco el conocimiento detallado que tiene Europa de las sutilezas tecnológicas que van implícitas en semejantes sistemas de armas. Un sistema defensivo de armas balísticas realistas para Europa haría necesario un grado más íntimo de cooperación nuclear con los Estados Unidos que todo lo que ha sido alcanzado hasta ahora. A causa del continuado desarrollo por parte de las dos potencias tecnológicas de sus sistemas estratégicos—con la mirada puesta cada una de ellas en la otra y en China—, la investigación y el desarrollo en Europa sobre los problemas relacionados con todo esto ha de moverse con un gran retraso.

Con la posible excepción de Francia, la filosofía estratégica dentro de la O. T. A. N. se basa en la premisa de que una guerra nuclear en Europa no sería posible sin arrastrar hacia ella a los Estados Unidos. Los Estados Unidos han de basar su actitud estratégica en su apreciación de la fuerza y las intenciones de la otra nación supertecnológica (en un sentido militar), la Unión Soviética y, por supuesto, de China. Esta perspectiva quiere decir que los Estados Unidos están comprometidos con un curso de desarrollo tecnológico militar que, en términos de capacidad y costo, está más allá de los medios de los países europeos, individual o colectivamente, y puede hacer necesario el desarrollo de nuevas tecnologías, que son, por el lado de su contemplación por parte de Europa, algo completamente irrealista. Resulta difícil ver cómo Europa podría recibir los beneficios incidentales, de ser ese su deseo, de los esfuerzos de los Estados Unidos de este tipo sin un continuado sistema de íntimas relaciones industriales atlánticas.

Sin pensar en la salida del conflicto del Vietnam, los Estados Unidos seguirán adelante con el desarrollo tecnológico de las fuerzas estratégicas y de contingencia. Cualquiera que sea el futuro de la O. T. A. N. los Estados Unidos y la Unión Soviética continuarán reaccionando mutuamente ante un ambiente tecnológico que cambia

con rapidez, por razones de defensa y de prestigio nacional.

Parece que es un motivo de intensa irritación para algunos y de gran satisfacción para otros que la tecnología no respeta las fronteras nacionales. A largo plazo, las fronteras nacionales, aun cuando continuarán existiendo, pueden constituir el menos importante de los problemas.

ALAN ANGELL: *Chile: The Christian Democrats a Mid-term* (Chile: los demócratas cristianos a mitad de camino), páginas 434-443.

La ley de reforma agraria promulgada por el presidente Frei se ha desviado considerablemente de la medida «drástica, masiva y rápida» que había pedido el principal teórico demócrata cristiano sobre esta cuestión, Jacques Chonchol. En el tercer mensaje al Congreso, Frei proclamó el progreso alcanzado bajo la actual legislación. Han sido expropiadas en total 461 fincas, con una superficie de 1.360.000 hectáreas, y en éstas han sido establecidos 96 asentamientos, una especie de organización colectiva transitoria cuya finalidad es la propiedad campesina individual.

Pero en este mensaje se recalca también que, de un total de 260.000 propiedades en Chile, sólo el 2 por 100 se verá afectado. *El Mercurio*, de Santiago, publicó el 2 de mayo una carta de la Asociación Nacional de Terratenientes en la que se decía con satisfacción evidente que el proyecto de reforma agraria había sido modificado, gracias a su influencia, en 17 aspectos importantes, todos favorables a los propietarios. Al pasar el proyecto del Senado a las manos de Frei, los animales y la maquinaria estaban sujetos a expropiación, junto con las tierras. Todo esto será conservado ahora por el propietario en la proporción de la tierra que se le reserve.

Originalmente, los títulos de la deuda proporcionados en compensación quedarían sujetos a reajuste por ra-

zoned de inflación en cantidades variables, desde el 80 por 100 para las pequeñas hasta el 20 por 100 para las grandes propiedades. Ahora, todos los títulos serán objeto de reajuste hasta un límite del 70 por 100. Es más, estos títulos pueden ser utilizados para la adquisición de acciones en compañías conjuntas o pueden ser entregados a la Corporación de Desarrollo Chilena o a otras agencias del Estado y extranjeras como garantías de crédito con fines de inversión en actividades industriales. (Esta medida ha resultado particularmente desagradable para la izquierda, por estimar que facilitará la concentración del poder económico.)

En general, la izquierda y muchos demócratas cristianos están convencidos de que la ley de reforma agraria no va bastante lejos. Los propietarios que explotan eficazmente su propiedad pueden quedarse con hasta cuatro veces el límite máximo de las 80 hectáreas; los viñedos no serán tocados y las mejoras realizadas a partir del 4 de noviembre de 1964 serán pagadas en efectivo y según su valor comercial. Se ataca en particular la ley por lo que se dice ser la tendencia a la creación de un gran número de propiedades de medianas dimensiones, con formas de organización ni colectivista ni comunitaria.

Vol. 23, núm. 11, noviembre 1967

BRIAN HOOK: *China's Cultural Revolution: The Preconditions in Historical Perspective* (La revolución cultural china: las precondiciones en su perspectiva histórica), páginas 454-464.

El desarrollo histórico de la Revolución es de considerable importancia para comprender la política y programa de la República Popular China. Es muy significativo que en sus fases posteriores, en particular durante la guerra con el Japón, la Revolución hubiese asumido, hasta un alto grado, el carácter de una guerra patriótica.

Cuanto más desacreditado se iba quedando el Partido Nacionalista, a causa de la corrupción y mala administración, mayor era el apoyo que se prestaba a los comunistas en la lucha contra los japoneses. El apoyo campesino, generado por la hábil ejecución de reformas en el campo y las contribuciones en las aldeas, hasta entonces la ancha base del Partido Comunista —a China le faltaba un proletariado industrial de alguna consideración y los esfuerzos por captarlo en los años 20 fueron frustrados por el Kuomintang—se vio muy aumentado por el reclutamiento de la clase media urbana y los intelectuales. El denominador común de los nuevos partidarios era el nacionalismo y el patriotismo más bien que el marxismoleninismo. Después de la guerra, la superinflación arruinó a la clase media china, que se hubiera podido convertir en una fuerza contra la izquierda no menos que el extremismo de la derecha. Se vio más desilusionada todavía con el Partido Nacionalista. Así, la victoria comunista, cuando llegó en 1949, se debió tanto a la capacidad para fomentar el espíritu del nacionalismo y el patriotismo en el pueblo chino como a cualquier otra cosa. Un reflejo de esta capacidad pudo haberse visto en los comienzos de los años 50, cuando muchos chinos altamente capacitados que vivían en el extranjero, con la inclusión, por ejemplo, de principales científicos nucleares, regresaron a su país para hacer una aportación a la reconstrucción y el desarrollo. El corolario de este aspecto de la revolución—su base de frente unido—es que el patriotismo y el nacionalismo no son garantías de la reacción de un individuo hacia el comunismo. En resumen, los buenos patriotas nacionalistas no hacen necesariamente buenos comunistas (aunque el nacionalismo, cuando se siente frustrado, se vuelve hacia el comunismo, como se puede ver en el Vietnam).

Estas circunstancias especiales que rodean la victoria del movimiento comunista en China ofrecen la base principal para la serie de lucha de clases, reforma del pensamiento y cam-

pañías de rectificación que ha sido rasgo dominante del período pos-1949: la situación existente se halla constantemente sometida a examen, en anticipación a la presencia de viejos enemigos. En otras palabras, la captura del poder del Estado no se ha considerado como una victoria final; más importante es la destrucción activa de los conceptos sobre los cuales el poder del Estado en la vieja sociedad había sido fundado y su sustitución gradual y sistemática por nuevos conceptos. La Revolución Cultural, vista de este modo, es, por tanto, el sucesor lógico de anteriores campañas, como, por ejemplo, los «Tres Antis» de 1951, contra la corrupción, derroche y burocracia, o los «Cinco Antis» de 1952 contra el soborno, la evasión de impuestos, el fraude, el robo de propiedad del Gobierno y el robo de secretos de Estado.

HUGH HANNINGS: *Nigeria: a Lesson of the Arms Race* (Nigeria: una lección de la carrera de armamentos), páginas 465-472.

Nigeria es una trágica lección objetiva en el problema de la violencia en el Tercer Mundo, con referencia especial al tráfico en el armamento convencional.

De acuerdo con las normas de los países en desarrollo, el ejército y la marina de Nigeria eran ciertamente muy buenos. Es más, desde cualquier punto de vista los nigerianos han alcanzado un importante desarrollo en estas cosas. Pero su ejército es un *modelo de seguridad interna*, pues nunca se ha intentado que fuese una máquina de guerra. Tenía sólo 9.000 hombres en un país de 35 millones de habitantes.

Era evidente, pues, y algunos observadores así lo han predicho, que sin ayuda externa la guerra con Biafra procedería lentamente y podría muy bien resultar en serios reveses. Pero, ¿no se podría obtener alguna ayuda exterior? Los dos bombarderos ligeros

B-26 de Biafra eran de poco valor militar. No podían servir y no se pretendía que sirviesen para emular el famoso avión armado, de reacción y entrenamiento, Magister, de Tshombe, en Elisabethville, capaz de impedir el aterrizaje de aviones de transporte cargados de tropas. Pero los B-26 tuvieron el objetivo no intencionado de que Nigeria buscara obtener en Inglaterra aviones de reacción.

El Gobierno de Inglaterra no podría evitar que un miembro de la Commonwealth intentase reclutar pilotos mercenarios en su país. Se decía que uno o dos habían llegado a Nigeria. Pero quedaba el inmenso problema del mantenimiento; un reactor moderno puede necesitar hasta 35 horas-hombre de mantenimiento por cada hora-hombre de vuelo.

Para el prestigio de Inglaterra fue un golpe rudo la noticia de que el bloque soviético había vendido siete cazas Delfín checos, pilotados por sudafricanos, y, posteriormente, 16 MIG-17, pilotados por egipcios, completos con hasta 200 hombres procedentes del bloque soviético para su mantenimiento.

Es extremadamente dudoso, sin embargo, que los rusos dejen sentir su influencia en Lagos a causa de esta aventura. Puede advertirse, en cambio, que una política de ventas oportunistas de armamento puede ser productora de resultados completamente contraproducentes.

En el caso de Nigeria, uno se siente confiado en que el comunismo no conseguirá prender en el país mientras los militares estén en el Poder. Es un fenómeno casi universal que los gobiernos militares son los más resistentes al comunismo de cualquier clase de régimen. Esto se puede ver a través de Asia y la América Latina y estamos empezando a verlo también en África.

Otra razón para que Rusia debería de pensar dos veces en cuanto al aventurerismo en el campo de las armas es que las armas acaban muy a menudo en otras manos que las que las habían comprado, lo que puede suceder al ser vendidas de nuevo. Esto

puede suceder de manera directa, como en Egipto, o indirecta, como en Cuba.

J. M.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 43, núm. 4, octubre 1967

LORD GLADWYN: *The Necessity for European Political Integration* (La necesidad de integración política europea), páginas 631-642.

El concepto básico de la unidad europea que ofreciese la más remota esperanza de recuperación de algunas de las cosas que existían con anterioridad a la primera guerra mundial —la inmensidad del imperio y la Commonwealth británicos, la considerable fuerza del imperio colonial francés, la posición de Londres como capital financiera del mundo—era la creación de una Europa Unida que llegase a ser una potencia igual en todos los aspectos a las dos superpotencias existentes. La idea general de lo que incluso debería llegar a ser un sistema bastante unitario es que se debería reanimar y poner en marcha algo parecido a la vieja Comunidad Defensiva Europea. Esto, como es bien sabido, supondría la existencia de un «Ejército Europeo», integrado hasta el nivel del batallón. Aun en el caso de que sobre esto no se insistiese a causa de su significación disminuida en estos días de un ejército alemán separado y poderoso, la tendencia sería siempre hacia una «integración» lo más acabada posible.

Un plan así avanzaría mucho, por supuesto, en el sentido de disminuir la potencia e incluso la identidad de los Estados-nación afectados y no estaría en modo alguno en consonancia con la noción de la restauración de la «grandeur» de cualquier país determinado de Europa. Existe claramente conflicto entre dos anchos grupos que

apoyan la unidad europea principalmente por razones defensivas.

Caso de ser cierto, como yo creo, que el impulso inicial de los federalistas europeos hacia la construcción inmediata de alguna forma de Federación democrática es menos fuerte que antes, ¿quiere esto decir que la alternativa de la construcción de una Comunidad Política ofrece algo menos que el estímulo directo hacia la unidad política? No creo que esto esté claramente de manifiesto, ya que, como quiera que se le defina, la Unión Política Europea ha de invocar la idea de la solidaridad europea y de aquí, a largo plazo, la constitución en la Europa occidental de algo que pudiese ser comparado a los existentes Estados nacionales, sólo que en una escala mayor. Dicho de otro modo, para crearlo ha de existir, aunque sólo sea en forma embrionaria y entre los ciudadanos más inteligentes, alguna especie de común patriotismo europeo el sentimiento de que debería ser creada una Europa Política por ser inherentemente deseable como tal y no por ningún motivo conectado bien con el temor o el provecho económico. Existe, de hecho, una distinción muy escasa entre los que llamaría federalistas prácticos y los que quieren una Potencia Europea por nada más que el amor al Poder.

MICHAEL EDWARDES: *India, Pakistan and Nuclear Weapons* (India, Pakistán y las armas nucleares), páginas 655-663.

Los Estados Unidos han abandonado—al menos por ahora—todo intento de influir en los Gobiernos de la India y el Pakistán. La Unión Soviética, para la que Tashkent fue heraldo de una nueva entrada en los asuntos del sur de Asia, parece haber decidido que la India tiene por delante un período de grandes trastornos políticos, acaso sociales también. A esto puede sumarse el hecho de que tanto la política exterior norteamericana como la soviética está se-

riamente perturbada por el embrollo del Vietnam, que reduce su capacidad de intervención creadora en las relaciones indopakistanas.

Los Estados Unidos en particular no parecen tener política coherente alguna. Más bien tentativas a medias de ejercer presión a través de la manipulación del fondo de ayuda que no han tenido éxito y han sido abandonadas: el reconocimiento de que la situación, especialmente en la India, podría llegar a ser por causa de eso peor de lo que ya lo es. La Unión Soviética, que había tenido después de Tashkent la esperanza de que se entablasen nuevas y más significativas negociaciones entre los dos países, se ha sentido frustrada, en particular por la debilidad de la señora Gandhi y el gobernante Partido del Congreso, un estado de cosas que se intensificó con los resultados de las elecciones últimas en la India. Esta línea de la política soviética parece haberse abandonado en favor del esfuerzo continuado por persuadir al Pakistán para el abandono de su amistad con China y una actitud hacia el Gobierno de la India que no pareció producir reacción alguna. La falta de habilidad de éste en relación con el asunto Svetlana Stalin dio a Moscú algún pretexto para mostrarse frío y, sin duda, las relaciones se han deteriorado desde entonces. No es probable, sin embargo, que salgan de esto efectos reales para la política soviética, cuyas líneas generales estaban establecidas ya con anterioridad al incidente.

En mi opinión la India se ha encontrado en posición de explotar un ingenio nuclear desde fines de 1964 y sólo se ha visto convencida para no hacerlo por la vigorosa, aunque privada, expresión de desaprobación de los Estados Unidos y la Unión Soviética. La intención original era usar el ingenio con fines «pacíficos», por ejemplo, para excavar una zona para el riego o algo parecido. Parece que el progreso hacia la especialización y, por supuesto, la miniaturización se ha visto seriamente entorpecido por la decisión política de no hacer pruebas bajo alguna pretensión, de la clase

que fuese. ¿Pero cuánto puede durar semejante inhibición?

Es posible que por ahora el único impedimento de la expresión abierta de la madurez nuclear de la India sea el compromiso de la señora Gandhi de mantener las repetidas afirmaciones de su padre y de Shastri en el sentido de que la India «no violenta» jamás se hará nuclear.

E. I. BRODKIN: *United States Aid to India and Pakistan*. (La ayuda de los Estados Unidos a la India y el Pakistán), págs. 664-677.

Los Estados Unidos tienen intereses por el exterior que no siempre pueden estar asegurados por los métodos tradicionales de la diplomacia. El programa de ayuda al exterior ha asumido, por tanto, una posición de considerable importancia. Pero la responsabilidad del programa no corre exclusivamente a cargo del poder ejecutivo. Como el Congreso ha de aprobar los fondos adecuados, el programa depende, en definitiva, del estado de humor de la opinión pública.

Las consecuencias de las alianzas militares con el Pakistán han sido económicas y políticas. Ciertamente, la economía india ha sufrido, porque para combatir la fuerza del Pakistán, la India se ha visto forzada a desviar fondos hacia su programa militar: no lo suficiente para alterar su posición de inferioridad militar en relación con China, pero lo bastante para entorpecer su desarrollo económico. Los Estados Unidos han hecho el intento de aumentar el ritmo de desarrollo económico con una mano y con la otra han intervenido para retrasar ese mismo desarrollo. Sale de esto la conclusión de que, en el Sur de Asia, los Estados Unidos han estado empeñados en una carrera armamentista consigo mismos. En relación con el Pakistán, el efecto de las alianzas militares en la distribución de fondos ha sido claro. Lo que no lo ha sido tanto es que estas alianzas han conducido a la inserción de un elemento militar oculto,

pero probablemente dominante, en la supuesta ayuda económica y técnica —que entre 1954 y 1961 ha subido, en total, para la India a 754,51 millones de dólares y para el Pakistán a 882,6 millones—al Pakistán. Esto podría ser disfrazado porque la Ley de la Seguridad Mutua de 1954 inició una revisión en las categorías de la ayuda al Pakistán. De aquí en adelante, ostensiblemente, la ayuda económica al Pakistán, pero no a la India, se presentó bajo la designación de «Apoyo para la defensa».

La significación de este cambio está de manifiesto cuando se tiene en cuenta que de los 71,36 millones de dólares prometidos al Pakistán inmediatamente después de la aprobación de esa Ley, un año típico en lo que concierne la distribución general, 65,31 millones parecen haber sido destinados al apoyo para la defensa. Que el Congreso no tuviese una idea clara del significado del apoyo para la defensa, a duras penas sería motivo de sorpresa. Pero también parece que la Administración de Eisenhower no llegó a comprender la naturaleza exacta de su propia creación. No es difícil poner en tela de juicio la eficacia de un programa que no es comprendido por los hombres que se supone son sus mismos administradores. El Gobierno ofreció la explicación de que «cuando en adicción al equipo militar, la ayuda ha de incluir recursos económicos, estos recursos reciben el nombre de "ayuda para la defensa"».

J. M.

INDIA QUARTERLY

Nueva Delhi

Vol. XXIII, núm. 2, abril-junio 1967

C. S.: *China and the Asian Triangle: an Appraisal of the Sino-Indian Border War.* (China y el triángulo asiático: una apreciación sobre la guerra fronteriza chino-india), páginas 88-105.

La consecuencia a largo plazo de la guerra fronteriza chino-india (octubre-noviembre 1962) es la emergencia del triángulo asiático como nueva área mundial de tensión y conflicto. El triángulo—que comprende la U. R. S. S., el subcontinente indio y China—es la mayor masa terrestre que abarca más de un tercio del área total mundial y el 40 por 100 de su población. En el triángulo coexisten, aunque no de forma pacífica, la mayoría de las ideologías, incluyendo las dos formas mutuamente hostiles de comunismo; gran variedad de culturas, razas, colores de piel, nacionalidades y lenguajes, etc. El conflicto fronterizo chino-indio puede considerarse como un movimiento calculado por parte de China para asegurarse posiciones de ventaja en el triángulo asiático. Durante esa guerra los chinos forjaron nuevos tipos de relación con Pakistán, Nepal y Afganistán. Construyeron una nueva política respecto a Cachemira, Bután y Sikkim. La guerra con la India fue un objetivo relativamente secundario. El objetivo primario era asegurar las fronteras del Tibet y efectuar los primeros movimientos tácticos de una serie de maniobras eventuales en el triángulo asiático. No es fortuito que los primeros indicios de tensiones ocurrieran en Cachemira donde las fronteras de los cuatro países del triángulo asiático la transforman en zona neurálgica. El 3 de mayo de 1949 Pakistán dirigió una nota al Consejo de Seguridad señalando los peligros existentes en Cachemira. En diciembre de 1955, Jruschev justificaba el apoyo soviético a la permanencia india en

Cachemira. En 1962 los dirigentes chinos descubrían que la India se adhería a las posturas «revisonistas» soviéticas desde 1956. Ninguna explicación satisfactoria se ha brindado sobre el empleo masivo por parte de China de armas y hombres para transformar los incidentes fronterizos en una guerra de gran envergadura en octubre de 1962. La decisión tuvo que adoptarse a alto nivel y uno de los posibles objetivos era forzar a la India a recibir ayuda americana de armamentos obligando a Pakistán a distanciarse de los Estados Unidos. También entraba en esos cálculos el obligar a la India a invertir grandes sumas para su defensa perjudicando su economía y fomentando el descontento popular. También se buscaba socavar el prestigio de Nehru mediante una derrota militar. Durante los días de la guerra, radio Pekín difundía comentarios políticos para estimular los sentimientos anti-pakistaníes en la India y pro-chinos y anti-americanos en Pakistán, presentando el conflicto como resultado de «las deliberadas provocaciones militares agresivas instigadas por Washington». La forma cómo China consolidó sus relaciones con Nepal durante la guerra fronteriza muestra cómo es capaz de explotar cualquier circunstancia en su beneficio. Con Bután y Sikkim adoptó Pekín una nueva política durante la guerra que estaba calculada para debilitar sus vínculos con la India. Un detallado estudio de la política china respecto a la India demuestra que los dirigentes de Pekín consideran a la India como el próximo país que está dispuesto para un levantamiento revolucionario.

MOHAMMED AYOUB: *U. S. Economic Assistance to Pakistan 1954-1965*. (Ayuda económica de los Estados Unidos a Pakistán durante 1954-1965), págs. 127-144.

Pakistán depende estrechamente del capital extranjero para su desarrollo económico. En los primeros años de su independencia los Estados Unidos, más

que cualquier otro país, estaban en condiciones de suministrarle el capital y el equipo necesario. Por esto los dirigentes pakistaníes buscaron dicha ayuda desde 1949 para lo que el jefe del Gobierno, Liaquat Ali Jan, visitó los Estados Unidos en 1950. Sin embargo, pacto de asistencia mutua defensiva, por Pakistán y los Estados Unidos, que comenzó a llegar masiva ayuda económica norteamericana. La ayuda económica americana a Pakistán hasta el fin del año fiscal 1965 ha sido estimada entre 2.500 y 3.000 millones de dólares. La contribución americana a Pakistán puede dividirse en dos periodos: el previo a la creación del Consorcio y el posterior a la organización de éste en 1960. La ayuda más sustancial se registró en el primero de ambos y decreció en el período del Consorcio (club de ayuda al Pakistán bajo la égida del Banco Mundial) debido a que los países de Europa occidental y Japón habían incrementado su ayuda a Pakistán, cosa que no pudieron efectuar en el primer período debido a que no se habían recuperado de los daños de la guerra mundial. Durante el período preconсорcial tampoco había recibido Pakistán ayuda de los países del bloque socialista, mientras que después recibió ayuda de algunos de ellos (China, U. R. S. S., Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia) por unos 154 millones de dólares. Mientras que Pakistán recibió en total unos 3.000 millones de dólares, la India recibió 6.000 millones. Pero teniendo en cuenta que la población pakistaní es la cuarta parte que la India, resulta que Pakistán ha recibido doble ayuda, proporcionalmente. Otro motivo que ha influido en el decrecimiento de la ayuda americana es el progresivo desligamiento pakistaní respecto a la política de Washington en Asia, iniciado desde la normalización de sus relaciones con China, acto que fue seguido por una decisión americana, de agosto de 1963, de cancelar un préstamo de 4,3 millones de dólares para construir un aeropuerto en Dacca.

J. C. A.

RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXXI, núm. 43, 4 noviembre 1967

P. L. G.: *Il Terzo Mondo di fronte al problema dello Sviluppo*. (El Tercer Mundo ante el problema del desarrollo), págs. 1.055-1.056.

En la primera Conferencia para el Comercio y el Desarrollo, de las Naciones Unidas (U. N. C. T. A. D.), celebrada en Ginebra desde el 15 de marzo al 15 de junio de 1964, quedó formado el llamado «grupo de los 77». Dicho grupo comprendía todos los Estados subdesarrollados; unidos por el propósito de coordinar los esfuerzos económicos propios para el desarrollo del Tercer Mundo y los propios estudios en torno al problema de las relaciones con los países ricos en vista de la segunda sesión de la misma Conferencia para el Comercio y el Desarrollo programada en Nueva Delhi para febrero de 1968. Poco menos de cinco meses antes de esta fecha el «grupo de los 77» (que hoy cuenta efectivamente con 86, por haberse unido otros países de independencias recientes), decidió reunirse en Argel para intentar alcanzar dos finalidades esenciales: por una parte, conseguir un acuerdo básico para la adopción de una línea común de los subdesarrollados frente a las naciones industrializadas, durante los trabajos que se desarrollaron en Nueva Delhi, y, por otra parte, dotar al grupo subdesarrollado de instituciones permanentes y de un secretariado permanente. En Argel se reunieron, del 10 al 24 de octubre, 800 delegados de los 86 países en vías de desarrollo de Africa, Asia y América meridional.

En Argel los delegados presentes discutieron sobre todo los problemas de sus desarrollos en relación con la economía de los Estados más fuertemente industrializados. Sobre esto se ha destacado que en los últimos años el funcionamiento típico del comercio internacional no es el del tradicional

cambio de productos de primera necesidad contra otros productos manufacturados, sino el del intercambio recíproco de maquinaria. En esta situación, los precios de las mercancías manufacturadas han registrado una tendencia a aumentar respecto a los de las materias primas, y, por consiguiente, los términos del cambio han llegado a ser desfavorables para las naciones más pobres que producen, sobre todo, materias primas. En la conferencia de Ginebra de 1964 fueron aprobadas varias medidas para que los países industrializados ayudasen al Tercer Mundo, pero no han tenido una efectiva realización.

La Conferencia de Argel adoptó textos de una «Carta del Tercer Mundo», la cual fue redactada por los delegados de 22 países, que componían un comité de coordinación presidido por el brasileño Azeredo de Silveira. Uno de los puntos fundamentales de dicha carta pide que los países fuertemente industrializados (sean capitalistas o socialistas) ayuden al Tercer Mundo no sólo mejorando el curso de las materias primas, sino consagrando a dicha ayuda el tres por ciento de las sumas que ahora dedican a gastos militares. También se preconizarán en Argel acuerdos especiales con los países socialistas y los de la Europa de los Seis. En general se trató de que en la futura reunión de Delhi los tratos entre los subdesarrollados y las grandes potencias se hayan desplazado completamente desde el plano político hacia el económico.

Mohammed Ayub Jan. Pág. 1.056.

El viaje efectuado en las capitales de Europa Occidental que el jefe del Estado del Pakistán, mariscal Mohammed Ayub Jan, realizó desde el 18 de octubre y fue iniciado con una visita al general De Gaulle, dio gran relieve en la atención internacional a la persona y la obra del hombre que desde hace diez años gobierna el mayor Estado y más importante país del Islam. Alumno sucesivo de la uni-

versidad musulmana de Aligarh y de la academia militar inglesa de Sandhurst, durante la segunda guerra mundial mandó el segundo batallón del Punjab dentro de las fuerzas británicas de la India. Después de la independencia pakistana de 1947, Ayub Jan ascendió rápidamente hasta que en 1951 llegó a ser comandante en jefe de las fuerzas armadas, y en tal calidad tomó parte muy activa en la estructuración de la S. E. A. T. O. y del Pacto de Bagdad. En 1954 fue nombrado ministro de Defensa.

Aunque se mostraba contrario a todo compromiso del ejército con la política, el desgaste existente en los cuadros gubernamentales hizo que Ayub fuese figura principal del golpe de Estado dado el 7 de octubre de 1958 bajo el mando nominal del presidente Mirza, que, sin embargo, confió a Ayub Jan el control del país. El 27 del mismo mes Ayub Jan pasó a ser jefe del Estado. En 1960 fue elegido presidente de la República y vio más reforzados aún sus poderes después de las elecciones parlamentarias de enero de 1965.

En su primera etapa de jefatura del Estado pakistani, Ayub Jan fijó las líneas directrices de su actuación; que esencialmente se basaba en reforzar interiormente las normas islámicas, pero en cambio abstenerse de utilizar el islamismo como un instrumento de política exterior. También se propuso Ayub Jan reemplazar el parlamentarismo de tipo británico por un sistema más encajado en las realidades del Asia meridional. Fue (y sigue siendo) el de la llamada «Democracia básica» por medio de organismos populares escalonados. Ayub Jan también estableció entonces un programa de tipo dirigista para la planificación económico-social. En su segunda etapa, Ayub Jan impulsó la Constitución del Pakistán, promulgada y puesta en vigor el 1 de marzo de 1962. Es una constitución presidencialista en la cual destaca su gran semejanza con la de la quinta República francesa.

Ayub Jan ha sido comparado varias veces con el general De Gaulle, no sólo por el presidencialismo concentrado y

su predominio sobre el poder legislativo, sino respecto a varios aspectos internacionales. Sobre todo en el modo de concebir las relaciones entre los respectivos países y las dos superpotencias mundiales.

Vol. XXXI, núm. 44, 4 noviembre 1967

A. M. C.: *Il movimento contro la guerra negli Stati Uniti*. (El movimiento contra la guerra en los Estados Unidos), págs. 1.076-1.077.

Las manifestaciones contra la guerra vietnamita vienen repitiéndose en los Estados Unidos desde hace tres años, pero la tentativa fallida de asalto al Pentágono en Washington el 28 de octubre no sólo fue la más importante de dichas manifestaciones, sino que sirvió de comprobación a tres realidades muy agudas. Primera es la de que Norteamérica está profundamente dividida no sólo respecto a la guerra en Indochina, sino respecto al problema moral y político más general de cuales sean sus fines mundiales y los medios lícitos para conseguirlo. Segunda, es el hecho de que los jóvenes están cambiando, sobre todo los que estudian y se plantean interrogantes. Tercera es la tendencia general al cambio entre todos los norteamericanos, incluso de decenas de millones de personas que no quieren hacerlo. También ciertos valores tradicionales de la llamada «vía americana», tales como el patriotismo, el consenso democrático y hasta el anticomunismo, ya no son principios indiscutibles.

En el desgarramiento de Norteamérica sobre el problema del Vietnam la avanzada ha sido la transformación de los jóvenes, que comenzó años atrás con la participación en el movimiento de los negros cuando la cuestión negra aparecía como un problema de derechos civiles. El paso a la oposición general ha coincidido con la revuelta moral ante la cuestión vietnamita, que está alterando la estima de los norteamericanos por su América. Este es el verdadero y auténtico

significado del movimiento contra la guerra y no las divergencias de opiniones sobre la oportunidad del empeño total de los Estados Unidos sobre el continente asiático, o sobre el valor representativo del régimen de Saigón. Estas evoluciones políticas no habrían podido dar origen a unos conflictos éticos tan profundos. El movimiento contra la guerra tiene su razón de ser en el juicio de que Norteamérica se está manchando con culpas imperdonables; sea renegando de lo mejor de ella misma, sea destapando todo lo que es erróneo en el sistema. Ese movimiento contra la guerra se subdivide en dos alas: la sólo pacifista y la pacifista junta con la revisión de la «vía americana». La primera se alza contra lo inadmisibles de una guerra particularmente cruel, y la segunda denuncia con creciente dureza y vigor algunos de los principios que son los fundamentos en la estructura de la sociedad norteamericana.

En resumen, el movimiento contra la guerra, lejos de ser impotente (como se ha afirmado con demasiada frecuencia), sirve para influenciar y condicionar la mayoría de la opinión del país y para influir o condicionar la mayoría del país, todo lo cual cuenta mucho en un régimen democrático.

R. G. B.

FORO INTERNACIONAL

Méjico

Vol. VII, núms. 1 y 2, julio-diciembre 1966

ROBERT K. FURTAK: *Revolución mundial y coexistencia pacífica*. Páginas 1-28.

En el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (febrero de 1966) Jruschev hizo tres afirmaciones que dieron nuevo ímpetu al dogma bolchevique, inmóvil desde hacía muchos años: 1) que el llamado

principio leninista de la coexistencia pacífica con regímenes sociales diferentes ha sido y sigue siendo la línea general de la política exterior soviética; 2) que en la época presente es posible impedir las guerras, y 3) que hay varias formas de transición al socialismo, es decir, que la conquista del poder por la clase obrera y el establecimiento de un orden socialista son posibles no sólo por la vía de la violencia sino también por la vía pacífica.

Estas innovaciones ideológicas surgieron en el momento en que el poderío de la Unión Soviética había alcanzado el punto más alto: poseía la bomba atómica y de hidrógeno, estaba consolidada hacia el exterior y el interior y territorialmente saturada; en varios países, ante todo China, gobernaba un partido comunista; estos países, integrados a su vez en un bloque socialista, contaban con unos 900 millones de habitantes y un inmenso potencial económico y militar.

Las tesis de la inevitabilidad de las guerras y la toma del poder sin recurrir a la fuerza—basadas en el poderío y la ejemplaridad de la Unión Soviética y del campo socialista—fueron ligadas por Jruschev tan íntimamente con la de la coexistencia pacífica que las tres constituyen una unidad y dependen una de otra. Estas tesis son también la base para la aplicación práctica del principio de la coexistencia pacífica.

El desenvolvimiento y la fisonomía ambivalente que ha tenido la doctrina soviética sobre la coexistencia pacífica puede explicarse a la luz de la ley de contradicciones del materialismo dialéctico, la cual distingue entre contradicciones antagónicas—que son las que nos interesan aquí—y contradicciones no antagónicas. Las primeras son las que existen entre clases sociales con intereses irreconciliables, como entre la burguesía y el proletariado y entre los amos colonialistas y los pueblos coloniales, pero también entre los países capitalistas y socialistas. La solución de estas contradicciones—se dice—se obtiene tan sólo por procesos revolucionarios tan pron-

to como aquéllas han alcanzado cierto grado de madurez. Esto significa que la eliminación de la contradicción entre el capitalismo y el socialismo sólo puede lograrse por medio de un conflicto; significa también que únicamente por la destrucción de uno de los contrincentes puede el socialismo quedar victorioso como etapa superior en la evolución de la sociedad humana.

VÍCTOR L. URQUIDI: *Integración latinoamericana y planeación*, páginas 29-45.

El problema fundamental de la América Latina es el de la baja productividad y la pobreza de la gran mayoría de sus habitantes. El hombre común latinoamericano, cargado de ignorancia y ansiedades, probablemente esperanzado todavía, ejerce, aunque sea por la fuerza de su número en constante aumento, una insistente presión por que se le atienda.

Casi en cada país se presenta una amplia diversidad de condiciones que determina grandes desigualdades regionales. En América Latina hay núcleos de población cuyo ingreso «per capita» puede estimarse entre apenas 50 y 80 dólares anuales, mientras que en algunas de las grandes ciudades el promedio probablemente exceda de 1.200 a 1.500 dólares.

Hasta ahora la planeación económica y social en América Latina no ha tenido mucho éxito. Debe admitirse, en consecuencia, que los términos en que se lleva a cabo el desarrollo en América Latina o en que se desea salir de la situación de subdesarrollo son todavía poco favorables para alcanzar transformaciones fundamentales de las condiciones de vida de la mayoría de sus 225 millones de habitantes, por más que se advierta el progreso en muchos sectores individuales, en determinados centros de población o en algunos estratos sociales.

El concepto de la integración latinoamericana es, en gran medida, el resultado del reconocimiento de las condiciones difíciles en que se desen-

vuelven las economías nacionales y de la gravedad de los problemas del crecimiento y del desarrollo económico y de sus dimensiones sociales. Las economías latinoamericanas, pese a la extensión geográfica o a la expansión demográfica de algunos países, son de alcance relativamente limitado, tanto en término de índices generalmente aceptados como en su relación con el mundo exterior en que la ciencia y la tecnología han avanzado con mayor rapidez e intensidad. Por todas estas razones se ha pensado también durante los últimos quince años, pero sobre todo en los ocho más recientes, que la mutua integración, como proceso deliberado, de todas las economías de la América Latina, o de parte de ellas, permitiría dar mayor impulso al desarrollo económico o por lo menos crear condiciones más propicias para lograrlo ulteriormente.

La integración económica encuentra justificación en dos premisas que el estudio del desarrollo latinoamericano permite aceptar como válidas: que el desarrollo requiere una activa industrialización y que ésta sólo puede realizarse eficazmente ante la existencia de mercados de suficiente dimensión que permitan aprovechar las posibilidades de la producción en gran escala y las ventajas de las interrelaciones industriales.

Vol. VII, núm. 3, enero-marzo 1967

EDUARDO F. JORGE: *Ideología panafricanista y sus bases de sustentación*, páginas 211-232.

El panafricanismo es una ideología compuesta por un cuerpo de proposiciones relacionadas entre sí, pero separables y con distintos alcances para la acción y que no tiene un exponente ideológico único. Tiene también fuertes componentes raciales y culturales, aparte de los estrictamente políticos, que dan un fuerte tinte de subjetividad a su adhesión a la misma. Al mismo tiempo, esta invocación de factores de pertenencia racial impide por

momentos una explicación clara y razonada de sus alcances y fines por parte de sus portavoces.

A pesar de todo, el panafricanismo, como doctrina, tiene un fin fundamental y declarado que es la unidad africana.

En una primera fase, desde principios de siglo hasta el V Congreso Panafricanista de Manchester, en 1945, la *ideología* panafricana se orienta fundamentalmente a la afirmación de los valores culturales de la raza negra. En este periodo el *objetivo político* fundamental es la lucha por la igualdad de derechos y por la conquista de las libertades fundamentales de Asociación, Prensa, etc.

En la segunda fase, desde la posguerra a la independencia, la *ideología* panafricana continúa desarrollando sus aspectos culturales, sobre todo entre los africanos de habla francesa, pero lo que la caracteriza es la elaboración progresiva de sus aspectos políticos, que quedan establecidos en el Congreso de Manchester.

En su fase formativa, el panafricanismo tiene una clara base de sustentación racial. Su elemento fundamental es tanto la unidad racial como la situación común de segregación y de sojuzgamiento político, económico y social de la raza en ambos continentes. Tanto el sionismo negro—se denominó así en un movimiento que surgió contemporáneamente al panafricanismo—preconizado por el doctor Du Bois, pero que se oponía a éste. Su dirigente máximo, Marcus Garvey, preconizaba el regreso de todos los negros al continente africano. Como el israelí, demuestran que la primacía del sentimiento étnico se hace posible en la medida en que la situación de segregación y sojuzgamiento impide que se desarrolle una conciencia de pertenencia nacional y no desmiente la vigencia preponderante y determinante de este último factor, ya que en ambos casos la vuelta a los orígenes territoriales de la raza tiene el sentido de reconstruir en ella la comunidad nacional.

L. S. SINGH: *Los problemas de integración nacional en la India*, páginas 233-250.

Uno de los grandes problemas que preocupan a las nuevas naciones de Asia y Africa es el preservar la unidad nacional ante las fuerzas centrífugas que vienen del interior. Es en la India donde este fenómeno presenta el más serio reto al Gobierno.

La India es un país multirreligioso. Aunque más del 80 por 100 de sus habitantes son hindúes, hay otras minorías religiosas en proporción considerable: más del 13 por 100 de musulmanes, 2,3 por 100 de cristianos, 1,7 por 100 de sikhs y aproximadamente el 1 por 100 de parsis y budistas.

Las tensiones comunales entre hindúes y musulmanes no terminaron en 1947 con la división del subcontinente en dos Estados. Pero la coexistencia de hindúes y musulmanes no es el único problema que amenaza a la armonía comunal en la India. La comunidad mayoritaria contiene en sí muchos elementos divisivos que convierten en un absurdo la unidad de la India como nación.

La base de la organización social hindú es el sistema de castas, por medio del cual la sociedad se divide en *jatis*, unidades endógamas, de rangos superiores e inferiores, hasta el punto de declarar intocables a algunos de los *jatis*. Este sistema discriminatorio deriva su existencia de un sentido aceptado de superioridad e inferioridad, presiones sociales, costumbres, «tabús» y el poder económico e intelectual de las castas dominantes. El sistema social limita las comidas y los matrimonios mixtos a un *jati* (o a unos cuantos *jatis*) y prescribe la ocupación de cada *jati*. Por ello determina en cierto sentido tanto la posición social del individuo como su posición económica. En total hay más de tres mil castas y un número infinito de subcastas, y existen también castas correspondientes para cada una de las formas de ocupación y ritual. Originalmente, nos dicen, el sistema de castas comenzó como división de cuatro en las funciones sociales: el

brahman (intelectual y agricultor), el *kshatriya* (guerrero), el *vaishya* (comerciante y agricultor) y el *sudra* (sirviente). El trabajo de cada uno era su *varnashrama dharma* (deber religioso) y ninguna ocupación se consideraba inferior o superior. Pero hoy es un sistema único de desigualdad social sancionado y aceptado como parte inseparable de la religión hindú. Los más bajos de la jerarquía hindú, los intocables (ahora llamados «ex intocables») o *harijans*, hijos de Dios, como los llamó Gandhi para elevar su rango social, son más de 80 millones; pero un número mayor pertenece a las castas llamadas atrasadas. Una sociedad cuya mayoría está degradada, como pertenecientes a castas intocables o atrasadas (que se consideran apenas ligeramente superiores a las intocables) no puede decir que descansa sobre una base sólida. Se han tomado medidas constitucionales, legislativas y administrativas para elevar la posición social, económica y política de estas castas en el sistema social hindú, pero el efecto de tales medidas es nulo, o muy lento, por la sencilla razón de que la sociedad hindú tiene todavía que pasar por una transformación social radical, que tendería a convertirla en una sociedad verdaderamente igualitaria.

ROBERT K. FURTAK: *El trabajo como medio de educación en la escuela soviética.*

El sistema soviético de enseñanza y educación está orientado a servir a la «transición del socialismo al comunismo»; es decir, a esa fase histórica en la que entró oficialmente la sociedad soviética algo más de cuatro décadas después de la Revolución de octubre. Como existe unidad entre las metas políticas y su ejecución en el campo de la educación, se ha asignado a ésta una nueva tarea de enorme importancia.

El trabajo en la sociedad comunista no debe ser sólo un medio para asegurar la subsistencia; no debe tener

móviles utilitarios, individuales, sino transformarse en un aspecto de la actividad social. La ley suprema de esta sociedad es el incremento de la riqueza social de la cual se deriva la del individuo. Las necesidades vitales del individuo se satisfacen por medio de la sociedad; para que esto sea posible es preciso acumular los bienes sociales, lo cual, según el marxismo soviético, se logra solamente si el hombre recibe una preparación adecuada para ello.

El principio de la educación politécnica tiene su origen marxista—el cual es exclusivamente importante para la actual política soviética educativa—en la tesis de Marx de que en una sociedad comunista desaparecerá la división del trabajo y con esto la raíz de la «autoenajenación del hombre». Considero que solamente la sociedad comunista hace posible la supresión de las diferencias cuantitativas y cualitativas del trabajo por medio de la función del trabajo manual e intelectual y mediante la eliminación del antagonismo entre la ciudad y el campo, lográndose con esto la abolición de la autoenajenación y que el medio para la abolición de la división del trabajo es la vinculación de la enseñanza con el trabajo, en lo cual consiste la educación politécnica.

Cada miembro de la sociedad comunista del futuro debe hacer posible «la disponibilidad absoluta del hombre para las variables existencias del trabajo» (según Marx) y tener la suficiente aptitud para desempeñar distintas funciones dentro de trabajos afines. Asimismo, un trabajador intelectual no debe rehuir ni menospreciar el trabajo manual; por ejemplo, un profesor de física debe tener voluntad y aptitud para transformar un bloque de metal mediante el uso de una máquina.

Sin embargo, no se espera solamente que el hombre en una sociedad comunista reúna las habilidades para un trabajo manual e intelectual, sino que en virtud de una alta conciencia social las ponga voluntariamente al servicio de la sociedad.

Durante la era de Stalin la peda-

gogía soviética se distanció paulatinamente del ideal de educación política porque la industrialización exigió que se formaran a paso acelerado los cuadros que le eran necesarios y además porque se tropezó con dificultades materiales y de organización, lo cual trajo como consecuencia que se renunciara a seguir experimentando en materia educativa.

J. M.

POLITICA

Belgrado

Núm. 419, septiembre, 20, 1967

ANDREJ KOBAL: *Nuevos elementos del problema vietnamita*. Páginas 3-5.

Naturalmente, el camino para resolver el problema vietnamita no es el que propone el Gobierno de los Estados Unidos; es decir, la discusión en las Naciones Unidas. Eso, no es un camino, sino un callejón sin salida. Las Naciones Unidas, en las cuales no están representadas ni China ni la República Democrática de Vietnam, prácticamente no pueden ocuparse del problema vietnamita. Para eso hace falta una conferencia parecida a la Primera Conferencia Internacional sobre Indochina, celebrada en Ginebra, en 1954.

Esa conferencia había de consistir en negociaciones multilaterales, pero éstas son imposibles por ahora, dadas las posiciones opuestas, principalmente de los Gobiernos estadounidense y de la República Democrática del Vietnam. La actitud de ésta de que no puede negociar mientras tenga «apuntada a la sien la pistola americana», nos parece razonable, pero no exime de la necesidad de buscar la salida al círculo vicioso, efectivo o falso, en que se encuentra la polémica sobre esa cuestión entre las partes beligerantes.

Podemos calificar como muy útil la iniciativa de la Federación Mundial

de Asociaciones pro Naciones Unidas, cuyo presidente, Ales Bebler, ha dirigido a los jefes de Gobierno de la U. R. S. S., la Gran Bretaña, India, Canadá y Polonia una nota proponiendo que los Gobiernos respectivos se pongan de acuerdo sobre la eventualidad de convocar una reunión de sus representantes al nivel más alto, para concertar una acción común en favor de la terminación de la guerra vietnamita.

Aunque el orden del día de la reunión a celebrar habría de ser el resultado de consultas preliminares, se insiste en la necesidad de dos cuestiones fundamentales: la suspensión del bombardeo del Vietnam del Norte por parte de la aviación norteamericana y la posibilidad de convocar la conferencia de paz con la participación de todas las partes empeñadas y directamente interesadas.

La esencia de la idea sobre esta cuestión es la convocatoria de una *conferencia preliminar* más estrecha, para la cual nadie pueda plantear, por la lógica misma de las cosas, condiciones en lo más mínimo convincentes.

Quien desea la paz en el Vietnam no puede dejar de desear también el éxito a esta acción.

NILS ERVIK: *La seguridad europea: un punto de vista occidental*. Páginas 12-15.

Podemos preguntarnos en qué situación se encontraría Alemania caso de fracasar el sistema occidental de seguridad. ¿Qué influencia tendría tal eventualidad en la política de la República Federal alemana respecto a los países de la Europa oriental que esperan ahora una mejora de las relaciones comerciales? ¿Cómo influiría en sus relaciones con la Alemania oriental, con Francia y con sus vecinos de la Europa septentrional? ¿Sería más deseable, por ejemplo, una relación especial germanoamericana que los acuerdos actuales de seguridad europea bajo los auspicios de la O. T. A. N.?

Núm. 420, octubre, 5, 1967

Nunca el nacionalismo europeo ofreció un aspecto más agradable, pero resulta difícil pensar que haya tenido jamás formas más desagradables que las que tuvo en Alemania en otros días. A mi parecer, los dirigentes actuales han dado prueba tanto de prudencia como de moderación en la aplicación de los intereses nacionales de la República Federal. Pero no hay que excluir la posibilidad de que una situación particular haga saltar a la superficie nuevas tendencias, nuevos dirigentes y corrientes, que conduzcan a Alemania por un camino más arriesgado y peligroso.

Yo me opongo a la frase típica: ¿Qué hacer con Alemania? Es muy poco lo que *nosotros* podemos hacer. La cuestión que debe interesarnos es: ¿Cuáles son las condiciones más favorables para que Alemania contribuya a la estabilidad europea?

Tal vez el Consejo de la O. T. A. N. no es algo impresionante para adoptar decisiones, pero el hecho es que a través suyo se canalizaron los principales problemas de la política de los miembros occidentales, lo que contribuyó a una notable moderación de las decisiones que adoptaba la alianza.

Si el sistema europeo de alianzas fuese disuelto, según propone la declaración de Bucarest de los países del Pacto de Varsovia (junio de 1966), sólo quedaría la alternativa, se dice, del «sistema paneuropeo de seguridad». La Unión Soviética ha puesto mucho empeño en ese plan. «Primero, eliminar los bloques y luego proceder a la creación del sistema europeo de seguridad mutua», decía la recomendación soviética. Que empezaría con una conferencia sobre la seguridad europea con el objeto a corto plazo de una declaración común sobre la actividad por la paz, las consultas recíprocas y la solución de los litigios por procedimientos pacíficos.

El principal defecto de esta proposición paneuropea es la exclusión de los Estados Unidos. La Europa occidental y los Estados Unidos están vinculados indisolublemente por sus valores fundamentales y sus intereses nacionales vitales.

STANE JUZNIC: *Las dos Américas y Cuba*. Páginas 14-15.

Las posiciones anticubanas más ardorosas de los diferentes regímenes latinoamericanos, que tienen por objetivo imputar a Cuba la existencia de actividad guerrillera en su territorio, son, en todo caso, las de los Estados latinoamericanos en los cuales no existe, bajo ningún concepto, un gobierno democrático. Es esa una dimensión adicional de la situación creada en la Conferencia de los ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos. Para tales regímenes, la O.L.A.S. (Organización Latinoamericana de Solidaridad) y sus proclamaciones, se convierten en un pretexto para buscar las causas de sus dificultades fuera de su propio país, lo que es, indudablemente, lo más sencillo; pero esto, por otra parte, está vinculado con la política de los Estados Unidos, que desean aprovechar cualquier pretexto para mantener a los Estados latinoamericanos en torno a sus propias fórmulas de política exterior y, en última instancia, en torno a su propio interés.

Tal vez lo más importante aquí sea, sin embargo, considerar en qué medida los Estados Unidos han logrado inducir a los países latinoamericanos a tomar una posición «más firme».

Algunos países latinoamericanos oponen ya firme y constante resistencia a todo intento de la O. E. A. de imponerse como instrumento de cualquier forma de intervención en los asuntos internos de los países del hemisferio occidental, incluyendo también a Cuba. Los países que mantienen con Cuba relaciones comerciales y otras cuya «solidaridad» en contra de Cuba se desea conseguir, no tienen intención de romper tales relaciones (ni siquiera España) y dejar de ese modo que Cuba esté en relación únicamente con los países socialistas. Si ya el llamamiento directo de los Estados Unidos sobre esta cuestión no tie-

ne un éxito probable, es ilusorio pensar que ese llamamiento pudiera ser acogido favorablemente en el caso de haber sido objeto de votación en la O. E. A.

Así considerada, la conferencia más reciente de la O. E. A. es sólo uno de

la serie de esfuerzos, desesperados y sin perspectiva, hechos por cambiar algunas realidades de una organización regional desgarrada en sí misma por numerosas contradicciones.

J. M.